

LA BLANCA MANO DE LA MUERTA

CLARK CARRADOS

Fue un suceso realmente horrible, espantoso. Yo presencié los últimos instantes de la vida de Clara Perkins y sólo te deseo que no te encuentres algún día en un trance como aquél. Pero lo curioso del caso es que el informe del forense dijo que la señora Perkins había muerto estrangulada por alguien que sólo empleó la mano derecha.

Y yo vi esa mano. ¿O fue una ilusión de mis sentidos? Una mano blanca, cadavérica, en uno de cuyos dedos había un enorme anillo adornado con un ópalo de fuego… Es más, juraría que la mano estaba recién amputada, sangrando por la parte de la muñeca; pero, repito, la visión fue tan rápida que aún no estoy seguro de lo que vi. Lo curioso del caso es que Clara Perkins, riquísima, dueña de una fortuna colosal, con numerosas joyas de valor en su habitación, no fue muerta por codicia, quiero decir que el asesino no tenía intención de robar, puesto que no faltó un solo alfiler de su equipaje…



Clark Carrados

La blanca mano de la muerta

Bolsilibros: Selección Terror - 38

ePub r1.0

Titivillus 06.02.15

Título original: *La blanca mano de la muerta*
Clark Carrados, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El alarido atravesó puertas, muros y tabiques y llegó hasta muy distantes puntos del hotel.

Era un grito horripilante, empavorecedor. El hotel estaba atestado de turistas, todos ellos de notable condición económica, ya que era un establecimiento de lujo. Durante unos segundos, el grito persistió, sacudiendo brutalmente los tímpanos de cuantos se hallaban en las inmediaciones. Luego, se transformó en un sordo estertor, apenas audible.

Los huéspedes empezaron a asomarse a las puertas de sus habitaciones, vestidos con los más variados atuendos, dada lo avanzado de la hora. Hacían excitados comentarios entre sí y se preguntaban unos a otros por la verdad de lo ocurrido.

De pronto, volvió a oírse aquella voz angustiosa.

Fueron sólo unos segundos y en un tono mucho más bajo que en la vez anterior. Pero todo parecía indicar que había una persona en inminente peligro de muerte.

Ello fue suficiente para que uno de los huéspedes, más resuelto y decidido que los restantes, hombre alto y corpulento, cargase contra la puerta del cuarto en cuyo interior se producía el drama. La cerradura saltó con fuerte estallido y el paso quedó franco.

El viajero dio un par de pasos dentro de la habitación. Entonces presenció un espectáculo horroroso.

Había una mujer en la cama, debatiéndose con todas sus fuerzas, a la vez que emitía unos gruñidos inarticulados, más propios de una fiera que de un ser humano. De pronto, todo su cuerpo sufrió una fortísima convulsión y, tras un par de espasmos más, se quedó completamente quieta.

El viajero se amedrentó. Era un hombre curtido, que había visto mucho mundo, pero aquello sobrepasaba a cuanto había podido contemplar hasta entonces.

Sintióse cobarde.

Retrocedió.

Lo que ocurriera en aquel cuarto a partir de aquel momento, era ya cosa de la policía de Roma.

* * *

El viajero fue interrogado a fondo por el inspector Vitelli, encargado del caso.

—Usted declaró que la muerta vivía aún cuando hizo saltar la puerta de su habitación —dijo el policía.

—Sí, y es verdad. Todavía estaba con vida, aunque dudo mucho de que conservase el conocimiento. Se agitaba fortísimamente, incluso pude ver cómo pataleaba de un modo desesperado. Parecía que…, que…

—¿Qué, míster Ward? —preguntó Vitelli.

Henry Ward, de los Estados Unidos y representante de una conocida fábrica de maquinaria agrícola, sonrió de mala gana.

—Bueno, yo diría que…, que la estaban estrangulando. Pero no había nadie en la habitación. La difunta *mistress* Perkins estaba sola…

—¿No había la posibilidad de que hubiese un hombre escondido en el cuarto de baño?

Ward se encogió de hombros.

—Yo sólo avancé un par de pasos desde la puerta —respondió—. Le he dicho todo lo que vi, inspector…

—Pudiera ser que las convulsiones que usted apreció visualmente fuesen las de la agonía, tras el estrangulamiento que causó su muerte. Porque la señora Perkins fue estrangulada, señor Ward. Sobre eso no cabe la menor duda.

—Mire, inspector, lo único que pretendía yo era ayudar a una persona en peligro. O, al menos, por sus gritos, parecía estar en grave riesgo. En la habitación de la señora Perkins no había nadie a la vista, es todo lo que puedo decirle. Pero si quiere mi opinión…

—Se lo agradeceré —sonrió Vitelli—. Las opiniones de los testigos son tan valiosas como sus declaraciones acerca de los hechos.

—Pues bien, inspector. Si cuando yo vi a la señora Ward no había nadie en su habitación y ella seguía agitándose, ¿cómo es que no sobrevivió? Porque yo me imagino que cuando a uno le aprietan el cuello con las manos y luego aflojan esa presión, se puede seguir viviendo… ¿O no es así?

Vitelli hizo un gesto ambiguo.

—Normalmente, así ocurre, a menos que la presión de las manos cause lesiones internas irreparables; rotura de la tráquea o algún derrame interno. Pero en cierto modo, éste no es el caso de la señora Perkins.

—¿No murió estrangulada?

—Sí, sí, el informe del forense es contundente: estrangulamiento, del que hubiese acabado por morir inexorablemente, y fallo cardíaco a causa, digamos, de la emoción del momento.

Ward recordó los horribles pataleos de la víctima, que habían cesado de modo brusco.

—Sí, acabó muriendo de un ataque al corazón —concordó.

—Pero lo más curioso e intrigante de todo —siguió Vitelli—, es que no se han encontrado rastros de otra persona en su habitación, al menos en aquellos momentos. La camarera había estado por la mañana y no había vuelto, ni nadie de la servidumbre del hotel había entrado allí para nada, ni siquiera para servir algo de comer o beber. Y todavía hay más: la señora Perkins, dejando a un lado el fallo final de su corazón, murió estrangulada por una sola mano.

Ward sonrió.

Vitelli le miró extrañado.

—¡Cómo! ¿No se asombra usted de que la señora Perkins muriese estrangulada por una persona que sólo disponía de una mano útil y que, además, según las huellas, fue una mujer?

—No, no me asombra, inspector —contestó el viajero—. Es más, sí no temiera a que usted me considerase como loco, le diría algo que vi, o me pareció ver, apenas entré en la habitación de la pobre señora Perkins.

—Apreciaré infinito cualquier detalle, por pequeño que sea o por insignificante que le parezca a usted. Y no le tomaré por loco, puede estar usted seguro, señor Ward; no sólo mis impresiones personales, sino los informes que tengo de usted, me dicen que es

una persona sumamente perspicaz y ponderada en sus juicios y opiniones.

—Mil gracias, inspector. En ese caso, le diré que sí creo en que la señora Perkins muriese estrangulada por una sola mano.

—Pero usted no vio al asesino.

—No. Sólo vi la mano.

Hubo un momento de silencio.

Vitelli dejó de sonreír.

Ward se pasó una mano por la frente.

—¿O me pareció verla? —murmuró sordamente.

Vitelli tocó un timbre. La puerta de su despacho se abrió. Un policía de uniforme apareció en el umbral.

—Gennaro, acompañe al señor Ward —indicó Vitelli.

—Sí, inspector.

Momentos más tarde, Ward se hallaba en la calle, bajo el sol romano.

Las manifestaciones de Vitelli confirmaban sus primeras impresiones. Sólo una mano había oprimido la garganta de Clara Perkins.

Pero él ¿había visto la mano?

¿O sólo había sido una ilusión de sus sentidos?

Una mano blanca, fina, adornada con un gran anillo, cuya joya principal era un enorme ópalo…, una mano delicada, hecha para acariciar y ser acariciada y que, sin embargo, había oprimido con sus dedos crispados la garganta de la pobre señora Perkins, hasta causarle la muerte.

¿No cabía la posibilidad de la autosugestión, debido a lo crítico de la situación en que se había visto envuelto tan inesperadamente?

Clara Perkins parecía sentir la acción de la mano mortífera. Incluso había tratado de quitársela del cuello con sus propias manos, pero no lo había conseguido.

—Y yo lo vi y me pareció que la estrangulaban y…

Sí, pero, a pesar de todo, ¿cómo había podido darse cuenta de que era una sola mano, blanca y fina, una mano de mujer la que había causado aquellas bárbaras señales en la garganta de Clara Perkins?

¿Había visto la mano? ¿Se trataba de una mera ilusión?

De pronto, Ward echó a andar.

Él no creía en fantasmas. Estaba en Roma por negocios.

Y no era divagando sobre algo que ya no tenía remedio como conseguiría buenos contratos para la firma que representaba.

* * *

El coche se detuvo en la dorada luz del atardecer. Dirk Chayne abrió la portezuela y saltó al suelo para contemplar el paisaje con todo detenimiento.

Montañas envueltas en suave luz, hilachas de tenue neblina por los pequeños valles, riachuelos que parecían de plata, el pequeño lago de las inmediaciones… y el desastroso efecto de los golpes de martillo y las voces de los obreros que trabajaban a menos de cien pasos de distancia en las ruinas de un castillo.

Chayne sacó un cigarrillo y lo encendió distraídamente. Del castillo, o lo que hubiera sido en tiempos, quedaba ya muy poco: algunas piedras y una portalada de estilo gótico Windsor, desmontada a medias.

Chayne pudo darse cuenta de que los obreros trabajaban para despedazar la portalada, separando las piedras, previamente numeradas, a fin de ser montadas más adelante en otro lugar. La portalada quedaría así recompuesta de nuevo, adornando Dios sabía qué horrible mansión de pretendido estilo antiguo, adornada con imitaciones de cuadros famosos y muebles antiguos, para recreo de algún nuevo rico y pasmo de sus invitados.

—El dinero está destruyendo ese monumento —masculló Chayne, sintiendo una sorda irritación hacia lo que sucedía.

Pero no podía evitarlo. Y casi no quería ni verlo, aunque ello le costase el alejamiento de aquel paraje tan encantador. Por tanto, se dispuso a reanudar la marcha. Se detendría más adelante, donde no viese el crimen artístico que se cometía delante de sus propias narices.

De repente, oyó unos ladridos a poca distancia.

Una voz femenina, fresca y alegre, recomendaba prudencia al can. Súbitamente, se oyó un grito de alarma.

Unos ramajes se agitaron violentamente y un cuerpo humano, rodando como una pelota, los atravesó para detenerse justo a los

pies de Chayne.

—¡Ooooohhhh…! —gritó la chica, a la vez que se sentaba en el suelo y se frotaba las doloridas posaderas—. *Mamuth*, tú me vas a matar un día de estos…

La chica se interrumpió de repente. Acababa de ver a Dirk Chayne.

CAPÍTULO II

Chayne sonrió a la vez que se acercaba a la muchacha y alargaba una mano para ayudarla a ponerse en pie.

—¿Se ha hecho daño, señorita?

El perro, un belicoso foxterrier blanco y negro, ladró con furia.

—¡Calla, *Mamuth*! —dijo ella, a la vez que, ayudada por Chayne, se ponía en pie—. Gracias, señor; por fortuna, sólo he dado unas cuantas volteretas, pero no me he hecho daño. *Mamuth* me hizo tropezar cuando corríamos y caí sin poder evitarlo.

—Lo celebro infinito —sonrió Chayne—. Es un perro muy bonito —elogió.

—Pero terriblemente travieso. Sin embargo, le tengo mucho cariño…

Chayne contempló los claros ojos de la muchacha. Quizá no era una belleza, pero aparecía envuelta en una hechicera aura de radiante juventud. Y, además, estaba muy bien proporcionada. El pelo, abundante, recogido en una larga cola de caballo, tenía una agradable tonalidad dorada, sin las estridencias de un rubio demasiado claro.

—Sí, es un animal precioso —convino Chayne. *Mamuth*, olvidada su furia contra el forastero triscaba por las inmediaciones —. ¿Vive usted cerca de aquí, señorita?

—Sí, a unos dos millas, en Kould Farm, la granja de mis padres. Estudio en Londres, aunque ahora estoy pasando aquí las vacaciones. Usted no es de este país, ¿verdad?

—Si llama país a la zona, no, aunque también resido habitualmente en Londres —sonrió él—. Me llamo Dirk Chayne.

—Shelley Kould —se presentó la muchacha, a la vez que alargaba su mano hacia el viajero con amistoso impulso—. ¿Le gusta el paisaje, señor Chayne?

—Me agrada infinito, aunque hay algo que lo destroza todo —

respondió Chayne—. Me refiero, naturalmente, a los que están destruyendo ese castillo para recomponerlo en alguna parte, en la que encajará como una pella de nieve en una sartén llena de manteca hirviendo.

Shelley meneó la cabeza.

—¡Pobre condesa Enid! —suspiró—. ¿Dónde descansará ahora su fantasma?

Chayne respingó.

—¡Cómo! —dijo.

Shelley le dirigió una mirada oblicua.

—He mencionado un fantasma y, estoy segura, usted no cree en fantasmas ni apariciones —contestó.

—Bueno, siempre hay que creer en lo sobrenatural, aunque con moderación. Suceden cosas que no podemos explicarnos, pero no por ello debemos creer siempre en todas las leyendas que nos cuentan sobre fantasmas, brujas y cosas así. Lo que no entiendo es por qué dijo usted que ahora el fantasma de la condesa no podría descansar… ¿Cuál era el nombre de la condesa, señorita Kould?

—Enid, Enid Wildcott, y esas ruinas que usted ve ahí son las de su castillo, donde murió hará unos trescientos años, después de que su marido, entre otras de las barbaridades que cometió con ella, le cortase la mano con un mandoble de su espada.

—El conde debía de ser un hombre de genio terrible y poco tolerante —supuso Chayne.

—Sí, cruel, déspota y celoso. Como le digo, cortó la mano a su mujer, aunque hay quien opina que lo que quería era cortarle la cabeza, y su salvajismo llegó a tal extremo, que no permitió que nadie atendiese a la infeliz, que acabó por morir desangrada.

—Y, desde entonces, el fantasma de la condesa ha vagado por las salas de su castillo —sonrió el forastero.

—El fantasma, si puntualizamos, no; lo que sí se veía cada año, en la fecha correspondiente a la de su muerte, era la blanca mano de la muerta. Aparecía en alguna habitación, agarrada a algún cortinaje o apoyada en algún mueble… y un día se apoyó en la garganta de su asesino.

—El conde murió, naturalmente.

—Sí. Estrangulado por la mano fantasmal, dicen unos. Otros sostienen que fue el miedo lo que le mató… Pero, según los

documentos que se conservaron hasta hace algunos años, había huellas de una mano en su garganta.

—La condesa volvió desde la tumba para vengarse de su asesino.

—Así lo dice la leyenda, aunque también pudiera ser que alguien estrangulase al conde para satisfacer una venganza personal y que después surgiera esa leyenda. Los métodos de investigación, entonces, no estaban lógicamente tan avanzados como ahora.

—Y alguien creyó ver señales de una sola mano, donde había de dos —sonrió Chayne.

—Probablemente.

Chayne volvió la cabeza hacia las ruinas.

—¿Quién ha comprado el castillo? —preguntó.

—Bueno, en primer lugar, llamar castillo a lo que era una casa bastante grande, con una torre como adorno, resulta algo exagerado. Pero tenía detalles artísticos de cierto mérito: algunas ventanas, la capilla, un par de arcadas, la portalada principal… De no haber sido por eso, habría resultado una construcción vulgar.

—La portalada es muy artística —elogió él.

—Sí, es indudable —convino la muchacha—. Pero no había quien comprase entera la casa. Entonces, a su propietario, que por lo visto necesitaba dinero, se le ocurrió venderla por piezas.

—Y la oferta ha tenido éxito.

—Ciertamente, han sido media docena de compradores en total. Se llevan trozos del edificio para recomponerlos en sus residencias y darles así cierta pátina de antigüedad que las haga más atractivas.

—Por eso decía usted que el fantasma de la condesa no tendrá sitio donde descansar.

—Bueno, era una frase —sonrió Shelley—. La verdad, yo tampoco creo en fantasmas, aunque hay leyendas muy atractivas.

—Como la de la condesa Enid.

Shelley hizo un gesto de asentimiento.

—Y su mano cortada —suspiró—. Bien, tengo que irme ya… ¿Va a permanecer mucho en la región, señor Chayne? —preguntó de repente.

—Algunos días. El tiempo es encantador y yo también disfruto de mis vacaciones.

—Si quiere acercarse por Kould Farm, será bien recibido —aseguró Shelley, a la vez que tendía la mano en señal de despedida.

Chayne hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Muy agradecido, señorita —contestó.

Shelley llamó al perro y luego echó a correr. Para Chayne fue como una visión de frescura y juventud, concordante en un todo con el paisaje y la estación.

La chica y el perro desaparecieron detrás de un grupo de añosos robles. Entonces, Chayne se acordó de la carta que había recibido en Londres, momentos antes de salir de viaje y que conservaba todavía en una de sus maletas.

* * *

Tendido en la cama de la posada en que se había hospedado, Chayne leyó la carta por segunda vez:

> Mi querido amigo Dirk:
>
> Te prometí escribirte y contarte algunas de las impresiones de mi viaje por Italia. El hecho de que represente a una casa que fabrica maquinaria agrícola no significa que el arte no me atraiga, pero ya sabes lo que dice el adagio: *Primum vivere*… Primero hay que vivir, el filosofar viene más tarde, lo que, en mi caso, representa trabajar para llenar la tripa y poder alimentar y vestir y educar a la familia y, después, disfrutar un poco con el arte…

La carta se extendía en algunas consideraciones y comentarios sobre lo que el viajero había visto desde su llegada a Roma. Chayne lo pasó por alto y llegó al párrafo que más le interesaba:

> Fue un suceso realmente horrible, espantoso. Yo presencié los últimos instantes de la vida de Clara Perkins y sólo te deseo que no te encuentres algún día en un trance como aquél. Pero lo curioso del caso es que el informe del forense dijo que la señora Perkins había muerto estrangulada por alguien que sólo empleó la mano derecha.
>
> Y yo vi esa mano. ¿O fue una ilusión de mis sentidos? Una mano blanca, cadavérica, en uno de cuyos dedos había un enorme anillo adornado con un ópalo de fuego… Es más, juraría que la mano estaba recién amputada, sangrando por la parte de la muñeca; pero, repito, la visión fue tan rápida que aún no estoy seguro de lo que vi. Lo curioso del caso es que Clara Perkins, riquísima, dueña de una

> fortuna colosal, con numerosas joyas de valor en su habitación, no fue muerta por codicia, quiero decir que el asesino no tenía intención de robar, puesto que no faltó un solo alfiler de su equipaje…

Chayne dobló la carta pensativamente y la dejó sobre la mesilla de noche.

—Incongruente —se dijo—. La mano de la condesa no puede haber viajado hasta Roma para ejecutar una venganza al cabo de trescientos años. Alguien la mató para robarla; lo que pasa es que no tuvo tiempo. Mi amigo rompió la puerta antes y el asesino escapó, eso es todo.

Y ya, más tranquilo, apagó la luz y se durmió.

* * *

Mamuth ladró. Shelley apareció en la puerta de la casa y agitó una mano.

—¡Hola, señor Chayne! —gritó.

Hacía un día radiante. Chayne encontró a la muchacha más atractiva que nunca, con un ceñido *pullover* a cuadros blancos y negros y unos pantalones de faena. El pelo caía ahora suelto por su espalda, como una catarata de hilos de oro viejo.

Estaba detenido junto a la pequeña valla que circundaba la casa y el jardín. Shelley corrió hacia la puerta y estrechó la mano del forastero.

—Agradezco su visita —dijo—. ¿Quiere una taza de té?

—Encantado. —Chayne sonrió—. Voy a serle franco: he venido, precisamente, por esa taza que usted acaba de ofrecerme.

Ella se echó a reír. Soltó la aldaba y abrió la puerta.

—Pase —invitó—. Conocerá a mi madre; mi padre anda por ahí a vueltas con su tractor. Vendrá más tarde, como de costumbre.

Mamuth empezó a saltar y dar cabriolas en torno al recién llegado. Chayne le acarició la cabeza.

—Parece que simpatiza con usted —observó Shelley, complacida.

—Los perros me gustan mucho. Pero no quiero tener a un animal encerrado en mi casa de Londres.

—Yo tampoco —convino la muchacha—, *Mamuth* está aquí encantado de la vida y… ¿Qué tal lo pasa por Hartwood, señor Chayne?

—Es un pueblo muy bonito y muy tranquilo. El río me gusta mucho; lástima que soy muy poco aficionado a la pesca. Me agradaría que me gustase, pero no lo consigo. Creo que usted me comprende, ¿no?

Ella se echó a reír.

—Le entiendo perfectamente —contestó, en el momento de cruzar el umbral de la casa.

Shelley le presentó a su madre, una vivaracha mujer de unos cuarenta y tantos años.

Doris Kould charló unos minutos con el huésped y luego se alejó en dirección a la cocina para preparar el té.

—Señorita Kould… —dijo Chayne instantes más tarde, pero ella le interrumpió.

—Por favor, llámeme por mi nombre. No me gusta ser tan ceremoniosa —rogó.

—Está bien, Shelley —sonrió él—. Solamente quería preguntarle a dónde puede dirigirse uno para comprar alguna de las piedras de Wildcott Castle.

Las cejas de Shelley se arquearon en un gesto de sorpresa.

—¿Quiere usted…?

—Tal vez —dijo Chayne—. He visto un par de capiteles preciosos y creo que adornarían mucho mi despacho. Nunca se me hubiera ocurrido despedazar un edificio antiguo, pero puesto que otros empezaron y el desastre ya no se puede evitar, al menos me gustaría tener un recuerdo de estas vacaciones pasadas en Hartwood y sus alrededores.

—Bien, si es así, tendrá que entenderse con Raymond Sitton. Es el representante legal del propietario de Wildcott Castle y reside en Edimburgo. El señor Sitton es el único que puede autorizar o denegar la venta de alguna de las piedras del castillo.

—Iré a verle —prometió Chayne.

CAPÍTULO III

Raymond Sitton era un hombre de unos cuarenta años, de buena estatura, delgado y de mirada penetrante. Sus modales estaban llenos de corrección, aunque no se le veía afectado en modo alguno.

Después de escuchar la petición de su visitante, guardó un par de segundos de silencio, como si reflexionase sobre la propuesta recibida.

—De modo que quiere comprar dos capiteles de columna —dijo.

—En efecto —admitió Chayne—. No son muy grandes, pero están perfectamente conservados.

—Los conozco. El artista escribió en piedra la historia de la condesa Enid. Usted la habrá oído, supongo.

—Desde luego, señor Sitton. Pero son muy decorativos y…

—De eso no tengo la menor duda. Ahora bien, de momento, no puedo darle una contestación en un sentido o en otro.

Chayne se sintió muy sorprendido al escuchar aquellas palabras.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Acaso no puede usted autorizar la operación?

—Hasta cierto punto. Antes de cerrar el trato, la propietaria quiere conocer informes de los compradores.

—Supongo que usted se refiere a solvencia económica.

—Bien, el pago es por adelantado, con lo que ese problema queda resuelto de modo automático. Una vez que la dueña de Wildcott Castle acceda, usted depositaría el dinero en el Banco que se le indicase y entonces se le concedería el permiso oportuno para que se llevase las piedras que tanto le gustan.

—Comprendo. Bien, si no hay más remedio, tendré que escribir a Londres a ciertos amigos que le enviarán a usted informes míos. Es todo lo que puedo decirle, señor Sitton.

—Creo que la dueña autorizará la venta. Usted, simplemente, procure que los informes lleguen con la mayor rapidez posible; yo

me encargaré del resto.

—Lo haré así. Pero me dijeron que usted era el representante legal de…

—No con plenos poderes, sino más bien el ejecutor de su voluntad —puntualizó Sitton—. Una vez los informes en mi poder, transmitiré su petición y, caso de que la respuesta sea afirmativa, entonces me ocuparé del resto de las operaciones.

—La cosa está más clara ahora —sonrió Chayne.

—No lo dudo. Pero, dígame, ¿cómo se ha enterado usted de que hay dos capiteles sobrantes?

—Bueno, hace un par de días me di un paseo por las inmediaciones de Wildcott Castle. Los obreros habían terminado ya su labor y el lugar estaba solitario. Examiné las ruinas y vi los capiteles apeados de los fustes de sus columnas, que dicho sea de paso, no tienen otro valor que el meramente derivado de su antigüedad. Los capiteles, pensé, sí podrían decorar mí despacho y por eso he venido a verle a usted.

—Comprendo —sonrió Sitton—. Bien, de todas formas, es preciso esperar la respuesta de la propietaria de Wildcott Castle.

—De acuerdo. Por simple curiosidad, ¿podría decirme usted cómo se llama esa señora?

—No hay inconveniente, señor Chayne. El nombre de la dueña de Wildcott Castle es Eleonora Markham.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, Chayne llamó a la puerta de una casa. Momentos más tarde, abrió una doncella de vestido negro, cofia y puños blancos.

—¿Señor?

Chayne entregó una tarjeta a la doncella.

—Tenga la bondad de avisar a la señora —solicitó.

—Sí, señor. Pase, por favor.

Chayne se quitó el sombrero. Momentos más tarde, oyó una suave voz femenina en el interior del lujoso departamento en que vivía Eleonora Markham.

—Está bien, lo recibiré yo misma. Puede irse, Nellie. Ah, y no

tenga prisa en regresar.

—Muchas gracias, señora.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, una hermosa mujer apareció en el umbral de la puerta que daba a las habitaciones interiores.

—Hola —sonrió ella.

Chayne se acercó lentamente a la mujer. Ella era alta, muy esbelta, de pelo intensamente negro y tez pálida, casi transparente a veces. Ahora vestía una especie de larga túnica de tejido muy fino, de color azulado, que dejaba al descubierto unos brazos de mórbida blancura. Chayne se inclinó, tomó una de sus manos y la besó galantemente.

—En otros tiempos, tus saludos no eran tan protocolarios, Dirk —se quejó ella.

—Eran otros tiempos, tú lo has dicho —contestó el visitante—. Pero los años no han pasado por ti, aunque a decir verdad, sólo han transcurrido cuatro desde la última vez que nos vimos.

—En ocasiones, me parecen cuatro siglos. Pero, dime, ¿quieres beber algo?

—Si me acompañas…

Ella se acercó a una consola y llenó dos copas de cristal tallado.

—Te gustaba el jerez —recordó.

—Nunca ha dejado de gustarme —contestó él—. Nora, nunca me dijiste que poseyeras un castillo.

—¿Te refieres a Wildcott?

—Sí. También sé que lo estás vendiendo a pedazos.

Nora Markham se encogió de hombros.

—Necesito dinero y hay gente que paga bien las piedras viejas —contestó—. Pero ¿por qué te interesa tanto Wildcott Castle?

Chayne tomó un sorbo de vino.

—También a mí me gustan las piedras viejas —manifestó—. Precisamente, ahora llego de Edimburgo, donde he conversado con tu representante legal.

—Ah, has hablado con Sitton.

—Sí. Quiero comprar un par de piedras, pero me dijo que necesitaba tu permiso. Imagínate cuál fue mi sorpresa al enterarme de que eras la dueña de esas ruinas.

—También yo me siento sorprendida de tu petición. ¿Por qué

quieres comprar esas piedras, Dirk?

—Te diré lo mismo que le dije a Sitton: adornarán mi despacho.

Nora sonrió imperceptiblemente y se separó del visitante, para ir a sentarse en un mullido diván.

—Ven aquí —invitó—. Charlaremos con más comodidad.

Chayne obedeció. Sentado, contempló a la mujer más de cerca. Nora representaba casi diez años menos de los treinta y cinco reales que contaba. Pasarían otros diez y su bellísimo rostro no experimentaría variaciones sustanciales, pensó.

—Bien, ¿qué me contestas? —preguntó, tras una pausa.

—¿No tienes miedo a la nueva leyenda que ha surgido apenas se empezó a vender Wildcott Castle por piezas?

—Lo siento, pero nadie me ha hablado de esa leyenda, ni siquiera Sitton. Cuéntamela, por favor.

Nora se reclinó en el diván.

—Debió de ser cosa de algún obrero supersticioso —respondió —. Se dice que la condesa Enid matará a todos los que adquieran piezas de su castillo, impidiéndole así el descanso eterno.

—Oh, una leyenda muy bonita —sonrió Chayne—. Pero no hay que creer en semejantes tonterías. No existen los fantasmas y… la condesa murió hace trescientos años.

—Pero su espíritu quiere seguir vagando en el sitio donde vivió antes de la brutal muerte que sufrió a manos de su esposo. Y, según esa leyenda, quienes le impidan ese descanso, comprando piedras de Wildcott, morirán estrangulados por la mano amputada que no fue enterrada con el resto del cuerpo.

Hubo un momento de intenso silencio.

Los ojos de Chayne fueron maquinalmente a la mano izquierda de la mujer, blanca, de largos y finos dedos, rematados en sendas uñas de color de sangre. En el anular había una sortija, adornada con un enorme ópalo, que despedía cambiantes reflejos y que, según la iluminación, parecían en ocasiones vivas lanzas de fuego.

* * *

—Pero tú eres un ser escéptico y no crees en leyendas —sonrió Nora.

Chayne carraspeó.

—Hay cosas sobrenaturales que no tienen explicación lógica —respondió evasivamente—. Sin embargo, supongo que habrá algo que sirva de base a esa nueva leyenda.

—Habladurías de los obreros. Son gente inculta, pueblerina…

—Me lo imagino. ¿Te pagan mucho por esas piedras?

—Bastante. Todos son gente rica, caprichosa… Si les sobra el dinero, yo colaboro en aligerar un poco sus cuentas corrientes —dijo Nora con moderado cinismo.

—¿Crees que yo soy rico y caprichoso?

—Sólo lo segundo, Dirk.

—Quizá tengas razón. Mira, ahora que lo pienso, casi me dan ganas de renunciar a esos dos capiteles.

—¿Tienes miedo de la venganza de la condesa Enid?

—Te burlas de mí, Nora.

—Era sólo una broma —rió ella—. Pero si tanto interés tienes por los capiteles, quédatelos.

—¿Cuánto pides, Nora?

—Entiéndete con Sitton. Él es quien fija el precio de las piedras.

—De acuerdo. Me lo pensaré y hablaré con él. Sin embargo, convendría que le pusieras unas líneas, para que acceda al trato, si llego a decidirme. Por cierto, Nora, nunca supuse que pudieras ser propietaria de Wildcott Castle.

—Es que soy la última descendiente de la familia. Mi madre era una Wildcott y yo cambié de apellido al casarme. Cuando enviudé, seguí conservando el apellido de mi difunto esposo.

—Comprendo. Entonces, el castillo…

—Era lo último que me quedaba de la ancestral fortuna de los Wildcott. Necesitaba dinero y lo puse en venta. Nadie lo compró y entonces Sitton concibió la idea de venderlo por piezas, idea que ha dado un magnífico resultado, como creo has podido apreciar.

—No cabe la menor duda —admitió Chayne—. Dime una cosa, Nora: ¿conoces tú los nombres de todos los compradores?

—¿Te interesa?

Chayne hizo un gesto ambiguo.

—Curiosidad —respondió.

—Está bien, aguarda un momento.

Nora se puso en pie y se dirigió hacia las habitaciones interiores.

Chayne la contempló pensativamente.

Una mujer extraña, se dijo. Nunca la había comprendido bien del todo; voluble y caprichosa y hasta colérica sin motivos. El histerismo presidía muchas de las acciones de Nora, por lo que, cuatro años antes, Chayne, entonces con veintiséis, había decidido dar por terminado el tórrido romance que la había unido a aquella mujer y con el que ella había pretendido, o intentado, consolarse de la prematura muerte de su esposo.

Nora regresó a poco con un papel en la mano.

Había media docena de nombres escritos con una letra fina y picuda, aunque con algunos rasgos irregulares, que denotaban indudables altibajos en el espíritu de la autora de aquellas líneas.

Uno de los nombres, y Chayne no se sintió demasiado extrañado al leerlo, era el de Clara Perkins, muerta un par de semanas antes en un hotel de Roma.

CAPÍTULO IV

Inesperadamente, en mitad de la noche, *Mamuth* se puso a ladrar de forma desaforada.

Sus ladridos despertaron a todos los Kould. Shelley se sentó en la cama y procuró captar algún ruido extraño a través de la ventana abierta.

Mamuth seguía ladrando en la planta baja. En cambio, *Dod* el otro perro, un pointer encargado del cuidado de los animales domésticos, permanecía casi callado y apenas si ladraba muy de cuando en cuando.

Se encendieron luces en la casa. Shelley saltó de la cama y se puso una bata.

Salió al pasillo. Su padre estaba ya en la sala de la planta baja, tratando de calmar al foxterrier.

La señora Kould salid de su dormitorio.

—¿Qué ocurre, Shelley? —preguntó.

—No lo entiendo, mamá —dijo la muchacha—. *Mamuth* parece muy furioso…

—Algún zorro, quizá, ¿no te parece?

—Es posible, pero, en todo caso, ¿por qué *Dod* permanece tan pacífico? Armaría un alboroto considerable si algún zorro quisiera penetrar en el gallinero.

Los ladridos del can cesaron unos momentos. Entonces, se oyó un lejano grito, lleno de trémolos de angustia.

Las mujeres se alarmaron.

—Dan, ¿has oído? —gritó Doris Kould, asomándose a la barandilla de la escalera.

—Sí, me ha parecido que sonaba hacía la casa de Peter McCrain —contestó el señor Kould.

—¿Tan lejos? —Se asombró la muchacha.

—Hija, esto no es Londres y su ruido infernal —dijo su madre—.

En el campo, los menores ruidos se oyen a gran distancia. Dan, sería mejor que fueras a ver si le pasa algo a McCrain. Con la escopeta, por supuesto.

—Yo iré contigo, papá —dijo Shelley—. Estaré lista dentro de cinco minutos.

Mamuth empezó a ladrar de nuevo. Shelley lo miró un instante y luego corrió a su dormitorio para vestirse.

—Mary, quédate tú con el perro —dijo Kould—. No quiero que venga con nosotros.

—Está bien, Dan.

Pero el animal se escapó inesperadamente de las manos de la señora Kould y echó a correr por la puerta que el padre de Shelley había abierto para salir, en unión de su hija.

Shelley corrió tras el animal, que seguía ladrando desaforadamente. Kould maldijo entre dientes, mientras seguía a los dos.

De repente, los ladridos de *Mamuth* se trocaron en un horrible aullido, que se cortó de un modo brusco. Shelley entrevió a lo lejos una cosa blanca que se movía serpenteando en las tinieblas, a poco más de un metro del suelo.

La muchacha se sintió presa de un vivísimo terror y se detuvo. Aquella cosa blanca desapareció, sin embargo, en pocos instantes.

«¿Era la mano de la condesa muerta?», se preguntó.

Dan Kould llegó jadeante junto a su hija.

—¿Dónde está el perro? —preguntó.

—No lo sé, papá. Ya no se le oye ladrar…

Kould disponía de una linterna, con la que se alumbró para no tropezar en el suelo labrado. De repente, alumbró el ensangrentado cuerpo de *Mamuth*.

Shelley lanzó un grito de horror al ver la garganta del animal destrozada por algo que parecía la zarpa de una enorme fiera. Su padre lanzó una maldición.

Mamuth había muerto, ya no cabía la menor duda. Shelley se puso a llorar, ya que apreciaba sinceramente al animal.

Pero a Dan Kould le preocupaba más la suerte de una persona y siguió adelante. Un cuarto de hora más tarde, tuvo la ocasión de contemplar el cadáver de Peter McCrain, muerto en su cama.

Estrangulado.

* * *

Chayne llegó a la granja de los Kould y se sorprendió enormemente al ver tan seria a la muchacha.

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó, después de saludarla.

—¿Qué podría decirle yo? —contestó Shelley—. Casi me tomará por una chica que cree en fantasmas…

Chayne miró a su alrededor.

—Me parece que falta algo —observó.

—Sí, falta *Mamuth*.

El joven lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Un accidente? —preguntó.

—No. Algo…, no se sabe bien qué, le destrozó la garganta la misma noche en que Peter McCrain murió estrangulado.

Chayne sacó de su bolsillo una lista.

—Shelley, ese nombre no figura entre los que yo tengo como compradores de piezas de Wildcott Castle —dijo.

—¿Conoce usted a los compradores? —Se asombró ella.

—Conozco a la actual propietaria de Wildcott —respondió Chayne—. Resultó que es una antigua amiga mía y ella me facilitó los nombres de todos los que han comprado piezas de su castillo. Pero el de McCrain no…

—Era uno de los obreros que trabajaban en el despiece del edificio —explicó Shelley—. Por lo visto, se encaprichó de una pequeña estatua de piedra y se la llevó a su casa para adorno. Debió de hacerlo por la noche, para no ser visto por el encargado de las obras.

Chayne frunció el ceño.

—A ver si resulta que se está haciendo realidad la nueva leyenda —dijo.

—¿Qué nueva leyenda es ésa? —preguntó Shelley.

—¿Cómo? ¿No la conoce usted? —Se sorprendió él.

Y, a continuación, hizo a la muchacha un sucinto relato de su entrevista con Nora Markham.

Shelley se sintió muy preocupada y más cuando conoció la noticia de la muerte de Clara Perkins en Roma.

—No puedo acabar de creer en una historia tan fantástica… y, sin embargo, los hechos son absolutamente reales —dijo, cuando él

hubo terminado su narración—. Porque lo cierto es que McCrain, quien se había llevado la estatuilla, apareció estrangulado por alguien que sólo usó una mano para tan horrible menester.

Chayne se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—Esto me desconcierta bastante —confesó—. Clara Perkins era una mujer riquísima, en tanto que McCrain era un modesto obrero, sin otros bienes de fortuna que sus manos.

—Pero hay una relación común a ambos, y es que los dos tenían piedras de Wildcott Castle.

—¿Va a creer en la venganza de la condesa?

—Y usted, ¿no cree algo, aunque sólo sea un poquito?

—Buena pregunta —sonrió él—. Pero hay algo que se me ha ocurrido después de conocer la noticia de la muerte de McCrain.

—¿Qué es, Dirk?

—Un tesoro. Sí, no se burle de mí, un tesoro escondido en alguna parte de los cimientos del castillo. Tal vez McCrain encontró alguna pista y el asesino, que pretende quedarse el tesoro para sí solo, lo asesinó, simulando después el estrangulamiento producido por una sola mano.

Shelley hizo un gesto de escepticismo.

—Nunca se ha oído hablar de un tesoro escondido en Wildcott Castle, aunque, claro está, tampoco se puede excluir la posibilidad de que exista en algún oculto rincón —dijo—. Pero lo que más me intriga es que hayan muerto dos personas de condición social tan dispar y en lugares tan separados como Roma y las afueras de Hartwood.

—Sí, resulta verdaderamente extraño. El fantasma de la condesa…

—La mano solamente, Dirk —puntualizó Shelley.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Chayne.

—Porque yo la vi la noche en que murieron McCrain y *Mamuth* —respondió ella con acento llenó de seriedad.

* * *

Chayne tomó un sorbo de té, del que había servido la señora Kould.

—Le propongo una cosa, Shelley —dijo.
—¿Sí, Dirk?
—Todavía quedan bastantes horas de luz. Vamos a dar un paseo hasta las ruinas.
Ella meneó la cabeza.
—Temo que no conseguirá nada —objetó.
—¿Por qué? —Quiso saber él, entrañado.
—Adivino su intención. Usted quiere hablar con los obreros.
—Sí, lo admito.
—Nadie trabaja ya allí. Son muy supersticiosos y dicen que no quieren morir estrangulados por la mano de la condesa.
—Oh, qué tontería. Pero…
—Dirk, yo no creo en fantasmas —aseguró Shelley—. Pero si quiere que le diga la verdad, empiezo a sentir también un poco de miedo.
—Bueno, ni usted ni yo nos vamos a llevar ninguna piedra a casa —alegó Chayne—. Sólo se trata de contemplar los restos de Wildcott Castle. Me parece que echar un vistazo a lo que hay allí, no nos puede perjudicar demasiado. Sólo siento que no nos acompañe el pobre *Mamuth*.
Una expresión de tristeza apareció en el lindo rostro de la chica.
—Es verdad —concordó—. Lo quería tanto… Yo lo había criado, cuando todavía era poco más que una bolita de pelo… Siempre tan travieso y tan gruñón…
—Y una noche apareció con la garganta destrozada.
Shelley cerró los ojos un instante.
—No quiero ni recordarlo —dijo—. Ya sé que no debo pensar más en él, que sólo era un animal, pero…
—Comprendo —murmuró Chayne con acento afectuoso—. Ya se le pasará; sólo es preciso un poco de paciencia. ¿Vamos?
Ella se puso en pie.
—Sí. Iré a decírselo a mi madre —manifestó—. Aguárdeme aquí unos momentos, por favor.
Minutos más tarde, emprendían la marcha, adentrándose a poco por el umbrío valle a cuyo final se hallaba Wildcott Castle. Chayne trató de apartar de la memoria de la muchacha el triste suceso de noches atrás, pero era inevitable que volviesen una y otra vez sobre el mismo tema.

Chayne se sintió preocupado por la familia de McCrain.

—En aquellos días estaba solo —contestó Shelley—. Su esposa se había ido con los dos niños a visitar a sus padres, que residen cerca de Glasgow. Imagínese cómo se sintieron al conocer la noticia.

El joven asintió.

—No debió de ser un trance agradable —admitió—. ¿Qué comentarios hace la gente de la comarca sobre el suceso?

—Algunos se han sentido muy impresionados. Otros, en cambio, se sienten muy escépticos. Hablando francamente, McCrain no era un tipo lo que se dice recomendable. No digo que no trabajase y fuese activo, pero, en otros aspectos resultaba hasta desagradable.

—¿Qué aspectos, por favor? —preguntó él.

—Bueno, era bastante mujeriego… No respetaba ningún sentimiento; lo mismo le daban solteras que casadas… Hay quien dice que se trata de la venganza de algún marido burlado… Como puede comprender, los comentarios son para todos los gustos. Sé que los demás obreros que trabajaban en la demolición han sido interrogados a fondo; entre ellos había dos o tres que, según se estimaba, podían tener cuentas pendientes en ese sentido con McCrain, pero todos pudieron justificar plenamente sus acciones la noche del crimen. En resumen, a McCrain lo mató la condesa Enid.

—Una teoría muy cómoda para justificar un fracaso policial, ¿no cree?

—Yo vi la mano, Dirk —contestó Shelley, muy seria.

Chayne guardó silencio. ¿Había ocurrido algo sobrenatural aquella trágica noche?

Poco más tarde, llegaban a las ruinas.

El lugar aparecía silencioso y solitario. Las aguas del lago, agitadas por una leve brisa, hacían cabrillear los reflejos del sol que lucía esplendente.

Los ojos de Chayne fueron hacia los dos capiteles que había visto en su visita anterior al lugar. Iba a acercarse, para contemplarlos mejor cuando, de pronto, se oyó una voz detrás de ellos:

—¿Les gusta visitar las ruinas de Wildcott Castle?

CAPÍTULO V

Shelley casi lanzó un grito de susto. Chayne, tras el primer gesto de sorpresa, se volvió y contempló al individuo que había aparecido tan misteriosamente en aquel lugar.

Tratábase de un sujeto de unos cuarenta años, enormemente alto y robusto y de rostro gris y duro, con ojos de pupilas metálicas. Vestía ropas corrientes y se cubría con una gorra a cuadros. Chayne no dejó de captar el singular detalle de un brazo derecho inmóvil.

—Simplemente, nos paseábamos —contestó, tras unos segundos de silencio—. Ella es la señorita Kould…

—La conozco —declaró el sujeto—. Soy John Well, capataz de las obras.

—Me llamo Dirk Chayne —contestó el joven—. Hace algunos días vi un par de capiteles y estoy interesado en su compra. Son ésos, precisamente —los señaló con la mano.

—Sí, tienen un notable interés artístico —admitió Well—. Pero si quiere comprarlos, deberá hablar con…

—Ya lo he hecho. Todavía no me he decidido a la compra, pero si lo hago, cuento ya con la aquiescencia de la señora Markham.

En el granítico rostro de Well se dibujó un gesto de sorpresa.

—¿Ha hablado con ella? —preguntó.

—Sí. Da la casualidad de que nos conocemos hace algunos años —sonrió el joven.

—Entiendo. Bien, si quiere llevarse los capiteles, no haré ninguna objeción.

—Repito que todavía no lo he decidido, señor Well. ¿O he de darme prisa, porque quizá hay más pretendientes de esos capiteles?

—Por ahora, no queda nadie más que el comprador de la portalada. Y no creo que lo que resta del castillo interese a otras personas. Pero los trabajos están paralizados, por culpa de la muerte de McCrain. Algunos estúpidos han contagiado a los demás, con sus

temores y sus supersticiones, y la gente se ha negado a seguir trabajando.

Chayne no dejó de captar cierta nota de desprecio en la voz de Well. Indudablemente, el capataz se consideraba superior a los hombres que tenía a sus órdenes.

—A veces ocurren cosas así —dijo el joven con acento intrascendente—. Por cierto, ¿conoce usted al comprador de la portalada?

—Tengo entendido que se llama Robert Sheridan y que vive en Edimburgo, pero no puedo darle más detalles. Quien sí podría hacerlo es el representante legal de la señora Markham…

—Conozco al señor Sitton —atajó el joven—. Señor Well, sentiríamos mucho haberle molestado.

—No ha sido molestia. Yo también me sentía un poco aburrido, sin saber qué hacer, y por eso me llegué hasta aquí, dando un paseo. Pueden seguir si gustan; no hay prohibición en contra.

Well levantó el brazo izquierdo y se tocó la visera de su gorra con los dedos. Luego dio media vuelta y echó a andar.

Chayne lo contempló con el ceño fruncido. Sólo el brazo izquierdo se movía en el braceo natural de la persona que anda; el derecho, permanecía obstinadamente pegado al costado correspondiente.

—¿Qué le pasa a ese hombre en el brazo derecho? —exclamó de repente—. Lo tiene entero, pero no lo mueve…

—¿No lo sabía usted? —dijo Shelley—. A Well le falta el brazo derecho desde más arriba del codo.

—Pero yo se lo veo completo…

—Es una prótesis. —Shelley bajó de pronto la voz, como si se sintiera amedrentada—. Algunos dicen que la mano artificial es de acero puro, en lugar de una armazón de metal, recubierta de plástico para que imite el color de la piel. Pero nadie puede asegurarlo, porque Well no se quita jamás el guante que cubre su mano artificial.

Una mano de acero, repitió Chayne mentalmente. Podía ser muy bien el instrumento de una horrible muerte… y también la zarpa que había desgarrado la garganta de un can.

* * *

—Me han dicho que usted trabajaba en las obras de demolición de Wildcott Castle, señor Langle.

El hombre así interpelado dejó de apoyarse en el mostrador de la taberna y miró de soslayo a Chayne. Tom Langle era un sujeto de unos cuarenta años, de rostro inexpresivo y ojos saltones e inseguros, debido, en buena parte, a su impenitente afición por la cerveza.

—Trabajaba allí, en efecto —admitió Langle—. Pero lo he dejado. Como el resto de mis compañeros, señor…

—Chayne —contestó el joven, sonriendo—. Amigo Langle, si me permite llamarle amigo, ¿por qué no nos sentamos ante una mesa, donde charlaremos con más comodidad, cada uno con una jarra de cerveza?

La perspectiva pareció animar un tanto el rostro del sujeto. Chayne agitó una mano.

—Por favor, llévenos dos jarras grandes a la mesa —solicitó de la mujer que atendía al mostrador de la taberna y que no era otra que la esposa del propio dueño de la posada.

—Al momento, señor Chayne.

El joven sacó cigarrillos al hallarse sentado frente a Langle. Éste le miraba con expresión entre aprensiva e inquisitiva.

—¿Y bien, señor Chayne? —dijo, después de un largo trago de cerveza.

—Quiero conocer su opinión sobre la muerte de McCrain, Tom —dijo el joven.

Langle volvió a beber.

—Lo mató la condesa. Es decir, su mano amputada —contestó, tras limpiarse los labios con la manga de su chaqueta.

—¿Cree usted en una especie de maldición?

—¿Es usted policía, acaso? —preguntó Langle, suspicaz.

—No. Soy escritor y el suceso me ha interesado notablemente —contestó Chayne.

—Bueno, tanto si es policía como si no lo es, para mí, el asunto sólo tiene una solución: la mano de la condesa.

—¿Por qué?

—Si el fantasma se queda sin su castillo, ¿dónde morará?

—Suponiendo que los fantasmas existan, Tom —sonrió el forastero.

—No hay duda. El fantasma existe. Y usa su mano amputada para vengarse de quienes, le quieren dejar sin su castillo.

—Pero ustedes son asalariados…

—¿Cree que eso le importa al fantasma? Cobrando o gratuitamente, nosotros hemos deshecho su mansión. Por lo tanto, quiere vengarse…, y ya ha empezado por McCrain.

—¿Era necesario que el fantasma matase también al perrito de la señorita Kould?

Langle se encogió de hombros.

—Era un bicho muy pequeño y, seguramente, cerró el paso a un zorro —contestó—. En circunstancias normales, el zorro habría escapado, pero ya sabe lo que pasa en esos momentos: hasta el animal más tímido se defiende con uñas y dientes.

—Cualquiera diría que los zorros abundan en Hartwood, Tom.

—No faltan, y ahora porque la caza del zorro ha pasado un poco de moda, pero si habla con los granjeros, le dirán que se sienten bastante molestos con esos bichos. ¿Necesita algo más de mí, señor Chayne? —preguntó Langle, como dando a entender que daba la conversación por terminada.

El joven levantó una mano.

—Todavía una pregunta, Tom —solicitó.

—Está bien, pero despache pronto; quiero irme a casa cuanto antes —dijo Langle, impaciente.

—Es una pregunta muy simple —sonrió Chayne—. ¿Cree usted que la mano de una mujer puede estrangular a una persona?

—Es la mano de un fantasma, señor, y los fantasmas poseen una fuerza sobrenatural, que los hace capaces de cosas que los mortales no podremos entender nunca. Al menos, en este mundo —concluyó Langle, rotundo.

El hombre se puso en pie y se alejó. Chayne encendió otro cigarrillo, pensativo, mientras se decía que la superstición había calado bien hondo en las mentes de aquellos sencillos individuos.

—La mano de una mujer —murmuró—. ¿Y por qué no una mano de acero, con los dedos curvados adecuadamente y empujada por un muñón y un hombro que todavía deben de conservar una tremenda potencia física?

Y se imaginó a Well en pie, junto a la cama de McCrain e inclinado sobre el sujeto, con la mano de acero en su garganta y

apretando hacia abajo con todas sus fuerzas.

También se imaginó a Well atacado por *Mamuth* y moviendo el muñón del brazo amputado con la prótesis, al extremo de la cual se hallaba la mano metálica, cuyos dedos, en un golpe seco y violento, asestado en semicírculo, podrían haber hecho el efecto de las garras de una fiera.

—Aunque no de un zorro, por supuesto; ni sus colmillos habrían causado tales heridas al pobre can —se dijo.

Terminó el cigarrillo y fue al comedor. Cenó y subió a su habitación, metiéndose en la cama a los pocos momentos.

Leyó un buen rato, hasta que sintió que le vencía el sueño. Al día siguiente, pensó, visitaría a Sheridan, el dueño de la portalada cuyo despiece había sido suspendido apenas iniciado.

Luego apagó la luz y se durmió.

* * *

Una tabla crujió. Torpe y somnoliento, Chayne entreabrió los ojos, pero no pudo captar más ruidos.

Debía de haber sido en el pasillo, pensó, con la mente embotada por el sueño. Tal vez un huésped rezagado.

Se estiró en la cama, dispuesto a conciliar el sueño de nuevo. De repente, le pareció que no estaba solo en el dormitorio.

Esta vez abrió los ojos por completo, justo a tiempo de ver una mano completamente blanca, que fulgía de un modo extraño en la oscuridad. La mano se precipitó hacia su garganta con furia indescriptible.

Chayne rechazó el ataque de un manotazo. Tocó la mano fantasmal y la encontró mortalmente fría, siniestramente gélida. La mano de la condesa se retiró en el acto.

El joven sintió que la frente se le cubría de sudor. Pero, resuelto, se abalanzó hacia la mesilla de la noche y tiró del cordoncillo que accionaba el interruptor de la lámpara.

La luz no se encendió. Temblando de pánico, Chayne giró sobre sí mismo y rodó fuera de la cama, escondiéndose debajo a continuación.

Sentíase como un chiquillo a solas en su cuarto oscuro. No, los

fantasmas no existían…, pero él había visto la mano.

Esperó unos minutos. Aunque tenía un miedo horrible, estaba dispuesto a defenderse como fuera, con uñas y dientes, tal como había dicho Langle.

Al cabo de un rato, se atrevió a salir de su escondite y se puso en pie. Había un extraño perfume en la habitación y le pareció conocido.

Tanteando, se acercó de nuevo a la mesilla. Tiró otra vez del cordoncillo.

La luz llegó de sopetón, deslumbrándole.

Parpadeó, mientras miraba a su alrededor.

Estaba solo.

La puerta y la ventana estaban cerradas. ¿Había soñado?, se dijo.

Era muy probable. Su mente estaba influenciada por los acontecimientos recién ocurridos. Simplemente, había tenido una pesadilla y había actuado como si todo fuese real.

Comprobó el cierre de la puerta y de la ventana. Incluso miró en el enorme armario ropero que formaba parte del mobiliario.

—Sí, una pesadilla —suspiró, aliviado.

CAPÍTULO VI

—Sí, yo he adquirido esa portalada —confirmó Robert Sheridan, al día siguiente, pasadas las seis de la tarde—. Pero no veo qué puede interesarle a usted, porque si tiene la intención de comprarla, debe saber que no estoy dispuesto a vender a ningún precio. Esa portalada adornará especialmente mi residencia campestre y la revalorizará de un modo notable. El precio me pareció conveniente; por eso la adquirí.

—No pensaba formularle una oferta de compra —manifestó Chayne—. Simplemente, me he atrevido a visitarle para pedirle su opinión sobre la leyenda de la mano cortada.

Sheridan se echó a reír. Era un hombre bajo, más bien obeso y de papada abundante, un próspero hombre de negocios que buscaba, en cierto modo, ennoblecer su residencia de campo con parte de un monumento que tenía varios siglos de antigüedad.

—No creo en fantasmas —respondió—. Sí, me hablaron de la leyenda, pero la considero eso simplemente: una leyenda. Y si la dueña de Wildcott Castle no quería vender su castillo entero, o no podía, y en cambio, sí lo conseguiría a piezas, me pareció una decisión enteramente acertada.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Sheridan. Pero estimé oportuno visitarle, sobre todo, después de dos muertes presuntamente causadas por la mano de la condesa.

Sheridan frunció el ceño.

—¿Dos muertes? —repitió—. Yo sólo tengo noticias de una, señor Chayne. La de McCrain, uno de los obreros que…

—Clara Perkins, una millonaria estadounidense, compró dos ventanales y murió estrangulada en su cuarto del hotel, en Roma.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Sheridan, asombrado.

—Me escribió un buen amigo mío, testigo presencial del suceso. Bueno, quiero decir que él vio a la señora Perkins segundos antes de

su muerte, cuando ya era imposible hacer nada por salvarla, y luego conoció el informe del forense italiano. Clara Perkins murió estrangulada por una sola mano.

Sheridan se sintió repentinamente preocupado.

—Esto no me gusta —dijo—. Me entran tentaciones de deshacer el trato. No soy supersticioso, claro, pero…

La frase quedó inconclusa. Chayne comprendió que ya no tenía nada que hacer allí.

—Mañana mismo iré a ver a Sitton —prometió Sheridan—. Hablaré con él del asunto y entonces tomaré una decisión al respecto.

—Si no le importa, le telefonearé por la tarde desde Hartwood.

—Le atenderé con mucho gusto.

Chayne se puso en pie y Sheridan le acompañó hasta la puerta del salón en que había tenido lugar la entrevista. Entonces, Chayne vio algo en el vestíbulo en lo que no se había fijado a su llegada.

Era un retrato al óleo, de tamaño natural, de un hombre vestido con el traje nacional escocés, con un can reposando a sus pies y la mano izquierda en el puño de su espada de combate.

La cara del retrato le impresionó notablemente, sobre todo, porque tenía un asombroso parecido con la de John Well.

—¿Le gusta el cuadro? —preguntó Sheridan amablemente—. Es el de Arno, conde de Wildcott y esposo de la condesa Enid. Fue otra de las compras que hice allí, pero llegué tarde para adquirir el retrato de la condesa.

—¿Lo habían comprado ya? —Quiso saber el joven.

—Sí, lo adquirió un tal Angus Mac Boyd, de Glasgow, junto con la gran chimenea del salón principal de Wildcott Castle. Una chimenea preciosa, todo hay que decirlo. Pude verla antes de que la desmontasen y, créame, sentí enormemente haber llegado tarde.

—Lastimoso, en efecto —convino Chayne con amplia sonrisa—. Le ruego dispense las molestias que le he causado, señor Sheridan.

—Ha sido un placer —aseguró el dueño de la casa—. No deje de telefonearme mañana; le haré saber mi decisión respecto a la portalada.

Chayne asintió y salió a la calle.

Las últimas noticias habían hecho variar su decisión. Iría a Glasgow, en lugar de a Hartwood.

Porque el nombre de Mac Boyd, junto con los de Sheridan y Clara Perkins, figuraba también en la lista que le había facilitado Nora Markham. Y en aquella lista ya había un nombre tachado.

Al día siguiente, muy temprano, partió para Glasgow, por lo que no se entretuvo siquiera en comprar los periódicos. Ello le impidió conocer la noticia de la muerte de Sheridan, estrangulado por una sola mano.

* * *

El impecable mayordomo volvió junto a Chayne, tras haber transmitido su petición de entrevistarse con el dueño de la lujosa mansión.

—El señor Mac Boyd le recibirá en el acto, aunque le ruega sea breve, ya que se encuentra bastante indispuesto y está aguardando la llegada de su médico.

—Muy bien, muchas gracias.

Chayne fue conducido a un gran despacho, en el que, sentado en un enorme butacón, había un hombre de unos sesenta años, pequeño y de endeble apariencia. El mayordomo cerró la puerta y los dejó solos.

—Usted es Chayne —dijo Mac Boyd con voz singularmente chillona—. ¿Qué quiere de mí?

—Hablar de la chimenea que compró, procedente de Wildcott Castle —respondió el joven.

—¿Es eso algún pecado? Estaba en venta y me gustó. Voy a hacer que la monten en el salón principal de mi casa, eso es todo.

—No digo que comprar la chimenea de Wildcott Castle sea un delito —sonrió el joven—. Lo que deseo es comentar con usted ciertas circunstancias que se dan en la operación…

—La mano amputada, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Ya ha matado a Sheridan. A mí no me matará, se lo aseguro.

Chayne respingó.

—¿Cómo? ¿Ha muerto Sheridan? —dijo, estupefacto.

Mac Boyd señaló con una mano insegura un diario que había sobre una mesita cercana.

—¿Acaso no lee los periódicos? —preguntó, despectivo.

—Lo siento, señor. He salido muy temprano de Edimburgo y he venido directamente a su casa —murmuró el joven, consternado por la terrible noticia—. ¿Me permite? —rogó.

Mac Boyd hizo un gesto de asentimiento. La noticia de la muerte de Sheridan aparecía en última hora. Había muerto, según las primeras impresiones del forense, por un atacante que sólo había utilizado la mano derecha.

En la garganta del muerto se observaban señales de un anillo. Chayne pensó inmediatamente en la sortija con el ópalo de fuego.

—Sí, pero a mí no me pescarán. —Mac Boyd se tocó el bolsillo de su batín—. Tengo aquí un revólver. Y lo usaré, si soy atacado, créame.

—Deseo sinceramente que no ocurra eso —manifestó Chayne—. Entonces, ¿persiste en quedarse con la chimenea?

—¿Y por qué había de desistir de una operación que me agrada? Hará un gran efecto en mi salón principal, se lo aseguro.

—Así lo deseo, señor Mac Boyd. ¿Podría enseñarme ahora el retrato de la difunta condesa Enid?

—Lo tiene detrás de usted, joven.

Chayne se volvió.

Un ligero estremecimiento sacudió su cuerpo, pero casi no le extrañó reconocer en el rostro de aquella hermosísima mujer retratada sobre la tela, trescientos años antes, las facciones de su amiga Nora Markham.

La condesa vestía enteramente de blanco. De un modo sorprendente, estaba retratada con una indumentaria sumamente parecida a la que llevaba Nora el día en que lo recibió.

Y también se veía el ópalo de fuego en su mano derecha.

Al cabo de unos segundos de silencio, se volvió hacia el dueño de la casa.

—Le doy las gracias por su amabilidad, señor —dijo, en son de despedida.

* * *

—¿Por qué se interesa usted tanto por la leyenda de la condesa

Enid? —preguntó Shelley, veinticuatro horas más tarde, mientras llenaba la taza de su visitante.

—¿Quiere una respuesta sincera? —Sonrió Chayne.

—La estimaría mucho, Dirk.

—Bien, ahí va. Me agradan las cosas misteriosas, aunque moderadamente. Esta leyenda me atrajo y pensaba tomar datos para hacer un guión de televisión…

Shelley se mostró sorprendida.

—¡No sabía que fuese guionista! —exclamó.

—He hecho ya tres guiones para otras tantas películas, que han resultado obtener buena acogida. Ello me ha permitido cierta independencia económica y no sujetarme de una forma permanente a una productora de cine. Sí, me ofrecían un excelente contrato, pero también imponían sus condiciones, una de las cuales me desagradó, ya que no me permitirían elegir los temas.

—Y prefiere hacerlo por sí mismo.

—En efecto. Además, quiero probar suerte en televisión. Una serie sobre leyendas de Escocia, no es algo nuevo, por supuesto; pero puede dar resultado, siempre que las leyendas sí sean nuevas y atraigan a la masa de espectadores.

—Creo que comprendo —sonrió la muchacha—. Le gustaría hacer el guión de la leyenda de la condesa Enid.

—Desde luego. Y ya tengo datos para varias historias más, pero confieso que en ninguno de los casos anteriores me encontré con tal mezcla de leyenda y realidad. Por eso estoy más resuelto que nunca a llegar al fondo del asunto.

Shelley se quedó súbitamente pensativa.

—Parece que lo de la mano de la condesa tendría que ser eso, una leyenda, pero, sin embargo, ya han muerto tres personas —dijo —. ¿Cómo explicar este misterio, Dirk?

—Si las muertes han sido cometidas por un ser viviente, tarde o temprano, llegará la explicación —contestó Chayne.

—¿Y si se trata de hechos sobrenaturales?

El joven apuró su taza de té.

—Hay algo que no he visto todavía —manifestó, eludiendo una respuesta concreta a la pregunta de la chica.

—¿Qué es, Dirk?

—La tumba de la condesa.

Hubo un momento de silencio. Luego, Shelley, lentamente, dijo:

—Estaba en la capilla de Wildcott Castle, pero…

—Pero ¿qué, Shelley?

—También hubo un comprador para la capilla. La desmontaron y se la llevaron.

—¿Con la tumba?

—Lo ignoro, Dirk.

CAPÍTULO VII

El silencio invadía por completo el lugar. Calladamente, Chayne y Shelley llegaron a las ruinas de Wildcott Castle.

Shelley encaminó sus pasos hacia el lado este de lo que restaba de la antigua estructura del castillo. Se veía con toda claridad el contorno de la capilla, en forma de U, de unos quince metros de largo por siete u ocho de anchura. Parte de los cimientos, un par de hileras de sillares, habían, sido transportados también, con el resto de la construcción.

—¿Quién se llevó la capilla? —preguntó él.

—Lo ignoro. Sólo puedo decirle que se compró entera, con el altar y los ventanales, que no eran muy grandes, pero tenían unas vidrieras muy artísticas. Había unos cristales rotos, aunque supongo que el comprador los habrá hecho restaurar.

—Ya me enteraré del nombre del comprador. Pero la capilla no parece muy grande.

—Wildcott no era precisamente Balmoral —sonrió ella.

—Sí, es cierto —convino Chayne, pensando en las enormes dimensiones del castillo propiedad de los reyes de Inglaterra—. ¿Vio usted la tumba en alguna ocasión?

—Por supuesto. Era una simple lápida de granito, con el nombre de la condesa y una cruz, al pie del altar.

—¿Sabe de qué estilo era la capilla?

—Normando, me parece, no entiendo mucho de estilos arquitectónicos —se disculpó la chica.

—Pudiera ser. Algún señor normando se estableció aquí en tiempos y construyó su fortaleza, que luego pasaría a manos del primer Wildcott. Por cierto, ¿qué me dice de la tumba del conde?

—Murió fuera de Inglaterra. Se contrató con una fuerza de mercenarios y pereció en una batalla contra los turcos, cuando estaban a punto de conquistar Viena.

—Pero sus herederos…

—El hijo era muy pequeño y se crió siempre fuera de aquí. Tengo entendido que, ocasionalmente, venían sus descendientes a Wildcott para ver el estado de la propiedad.

Ahora hacía muchísimos años, tal vez los que tiene mi padre, que no se había visto a un Wildcott en la región.

—Es decir, sólo la tumba de la condesa estaba aquí.

—Pero ¿dónde? No veo la losa por ninguna parte…

—Ha pasado más de un año. Han crecido las hierbas —alegó ella.

—Y también han echado tierra —dijo Chayne pensativamente.

—Es lógico, la que sacaban para dejar los sillares de los cimientos al descubierto. Pero ¿por qué tanto interés en la tumba de la condesa?

Chayne sonrió.

—¿No le parece lógico en un guionista ansioso de llevar esta leyenda a la televisión? —contestó—. Me parece que cuantos más datos obtenga, mejor puede resultar mi guión.

—Es cierto, aunque, si me permite la franqueza, no conozco su nombre como guionista —dijo Shelley.

—Quizá le suene el nombre de Dick Baine. Es parecido, pero no es el auténtico. Un seudónimo, ¿comprende?

Shelley le miró con sorpresa.

—Entonces, es usted el autor del argumento de *Rojas pupilas en las tinieblas* —exclamó.

—Debo aceptar modestamente sus elogios —rió él—. ¿Nos volvemos? —propuso.

La muchacha asintió. Cerca de la granja se separaron.

—Quédese a cenar con nosotros —invitó ella.

—De acuerdo. Gracias por la invitación, Shelley.

—A las seis y media —se despidió la chica.

Y alegre y con paso fácil y lleno de gracia, emprendió el camino de vuelta a su casa.

Chayne suspiró.

—Maravillosa —comentó.

No sería una belleza en el estricto sentido de la palabra, pero poseía otras cualidades que la hacían infinitamente más atractiva que otras mujeres de superior hermosura.

Caminó a pie, de vuelta hacia el pueblo, a cuatro millas de distancia de la granja. Le convenía el ejercicio, aunque fuese solamente un simple paseo; en los últimos tiempos, su trabajo había sido harto sedentario.

Y además, cuando hubiese terminado su labor de acopio de datos, debería pasarse unos cuantos meses sentado ante la máquina de escribir.

Sí, sus guiones serían un éxito, pensó con optimismo.

Una hora más tarde, alcanzó al final del camino, en el empalme con la carretera que conducía a Hartwood. Entonces vio pasar un coche a toda velocidad, en dirección al pueblo.

El automóvil iba conducido por una mujer. Hubiera jurado que se trataba de Nora Markham, pero la visión resultó demasiado fugaz para comprobarlo de un modo fehaciente.

De todos modos, ello no le preocupó demasiado. Tenía sus propios planes para la noche. A la vuelta, para acudir a la cena en casa de los Kould, usaría su propio vehículo.

Y en el maletero llevaría algunas herramientas. Simplemente, quería saber qué había sido de la tumba de la condesa Enid.

* * *

El automóvil avanzaba lentamente por un camino baqueteado por las ruedas de los pesados camiones de carga que habían transportado las piedras de Wildcott Castle. La misma pesadumbre de los camiones había allanado en parte el pavimento de un camino que no se había utilizado en muchísimos años.

Los faros del vehículo alumbraban a Chayne, al volante del automóvil. De pronto, Chayne divisó las ruinas de Wildcott Castle.

Paró el coche y se apeó. Fue al maletero, lo abrió y sacó una gran lámpara eléctrica y una pala. Tenía también una barra de hierro y una piqueta, adquiridas en prevención, aunque confiaba en tener suficiente con la pala.

Apagó las luces del coche y encendió la lámpara. Con la pala en la mano, caminó hacia la capilla. Instantes más tarde, depositaba la linterna en el suelo, alumbrando hacia el lugar donde suponía había estado la lápida que señalaba el lugar donde habían recibido

sepultura los restos de la infeliz Enid Wildcott.

Una pobre mujer, pensó, muerta a manos de un marido cruel y despiadado. Al conde no le había importado en absoluto el cuerpo de su esposa, pero sí el alma. Enid debía descansar en lugar sagrado.

—Hipócrita —le apostrofó a media voz, mientras descargaba el primer golpe de pala.

Una hora más tarde, había despejado de tierras y maleza un espacio de tres o cuatro metros cuadrados. Ante sus ojos aparecieron una serie de losas de cemento, que medían unos cincuenta centímetros de lado.

Golpeó una con el mango de la pala.

Sonaba a hueco. Sonriendo satisfecho, se dispuso a regresar al coche. Ahora sí necesitaría la barra y la piqueta.

Alguien golpeó la losa de cemento.

Por dentro.

Chayne retrocedió un paso.

Su frente se había cubierto de sudor instantáneamente. Creyó que soñaba.

¿Otra pesadilla como la padecida en la posada?

Para cerciorarse a sí mismo de que estaba en sus cabales, volvió a golpear la losa.

Los golpes interiores se repitieron.

Eran muy débiles e irregulares, pero ahora ya no cabía duda alguna: había una persona enterrada viva en una sepultura que parecía abandonada desde siglos antes.

Como un loco, corrió hacia el automóvil y regresó velozmente con la piqueta y la barra de hierro. Atacó ferozmente la losa, que se rompió con gran estruendo a los pocos momentos.

Con sus propias manos apartó a un lado los fragmentos de la losa de cemento. Una mano de blancura espectral, en uno de cuyos dedos se veía resplandecer una especie de lámpara de fuego, apareció por el borde de la abertura.

—Animo, ánimo —dijo Chayne.

Dentro de la sepultura sonó un gemido.

—No tema, condesa; ya está a salvo —añadió el joven, mientras luchaba por alzar la segunda losa de cemento.

Una voz fantasmal le hizo una pregunta:

—¿Qui… quién es usted?

—Dirk Chayne, condesa. Pero luego le explicaré…

Con la barra de hierro, Chayne atacó las juntas de unión para desencajar la segunda losa del resto del conjunto. Claramente se veía que era una sepultura muy sencilla, una simple tapa del hueco en que cientos de años atrás había sido enterrada Enid Wildcott.

A los pocos minutos, había un hueco suficiente para que pudiera pasar una persona sin dificultades. Los brazos de la mujer asomaron suplicantes por la abertura.

—Sáqueme de aquí… Me muero de frío… —rogó afligidamente.

De pronto, Chayne recordó una cosa.

En la guantera de su coche tenía unas gafas ahumadas. La mujer había permanecido largo tiempo en la oscuridad. La menor claridad podía originar graves daños a su retina.

—Aguarde unos segundos, por favor —pidió.

Corrió hacia el automóvil y regresó a los pocos instantes. La mujer, impaciente, gateaba ya para salir de la tumba.

Chayne se arrodilló a su lado y le puso las gafas de color. Luego se incorporó y la tomó en brazos, ya que ella parecía incapacitada de moverse por sí misma.

—No tema, condesa —dijo, con acento persuasivo—. Ahora mismo la llevaré a un lugar donde la atenderán y podrá reponerse.

Chayne pensaba en la granja de los Kould. En su coche tenía una manta de viaje, con el que envolvió el tembloroso cuerpo de la mujer, hasta entonces cubierto solamente con unos finos velos.

—Bien —dijo, al terminar—, ya está salvada. Ahora podrá vivir de nuevo, condesa.

—No soy la condesa, ni nada que se le parezca —contestó sorprendentemente la mujer—. Soy Eleonora Markham.

CAPÍTULO VIII

Chayne se quedó como petrificado al escuchar aquella singular respuesta.

Ella parecía hablar con toda seriedad, aunque el joven pensó que tal vez el largo encierro en la tumba habría afectado sus facultades mentales. Por otra parte, el rostro de la mujer que aseguraba ser Eleonora Markham —Nora era un tratamiento familiar, de confianza—, parecía muy demacrado y, además, las gafas de color, que no se le podían quitar, para evitar daños en su vista, la desfiguraban considerablemente.

—Está bien —dijo—. Nora, yo soy Dirk Chayne —repitió, por si anteriormente ella no le había oído con claridad.

—Me siento terriblemente sorprendida de verme con vida y más todavía de que hayas sido tú el que me hayas salvado. ¿Qué hacías aquí, en Wildcott Castle?

—Las explicaciones, más tarde —respondió él—. Ahora conviene que te repongas y eso, aquí, en el coche, no podrá ser.

—Como digas —aceptó Nora mansamente.

Chayne cerró la portezuela y se dispuso a subir al coche. De pronto, le pareció escuchar un ruido a sus espaldas.

Nora lanzó un grito:

—¡Dirk, cuidado!

El joven se volvió. Una sombra enorme, oscura, amenazadora, se arrojaba sobre él con terrible ímpetu.

Chayne trató de retroceder. El individuo atacó con furia indescriptible.

Su brazo derecho se alzó y golpeó como una maza. Chayne apenas si tuvo tiempo de protegerse con su brazo izquierdo, a la vez que se dejaba caer hacía atrás.

El golpe fue terrible. Chayne oyó claramente el chasquido de su propio hueso y sintió un espantoso dolor, que le aturdió casi por

completo.

Estrellas de todos los colores bailaron ante sus ojos. Cayó de espaldas al suelo, aturdido y mareado, incapaz en absoluto de defenderse.

Well se arrodilló sobre él y apoyó la mano de hierro en su garganta. Ahora, Chayne podía ver su rostro con toda claridad, iluminado por el difuso resplandor que producía la cercana lámpara.

La mano de hierro hizo presión. Chayne notó instantáneamente la suspensión del flujo de aire en sus pulmones.

Iba a morir, se dijo.

Pero, de repente, algo sacudió el corpachón de su atacante.

Well lanzó un horrible gruñido. El garrote le golpeó por segunda vez en la espalda, arrancándole un aullido de dolor.

—¡Suelte a ese hombre, asesino!

La voz era inconfundible. En medio del aturdimiento y del dolor que sentía, Chayne se preguntó qué podría hacer Shelley en aquellos parajes y a tales horas.

Well se puso en pie. Chayne acogió con enorme alivio el chorro de aire fresco que pasó a través de sus maltratadas fauces hasta su garganta.

Shelley tenía un grueso palo en las manos y golpeó otra vez. De súbito, inexplicablemente, Well dio media vuelta y echó a correr.

—Shelley, tengo un brazo roto —gimió él.

—Oh —dijo la muchacha, pero antes de que pudieran seguir hablando, se oyó un fuerte estampido a veinte o treinta pasos de distancia.

Well lanzó un horroroso chillido.

—¡No, no…!

Chayne hizo un esfuerzo, y todavía tendido en el suelo, se apoyó en el brazo sano.

Shelley, por su parte, volvió la cabeza.

Un relámpago de color cárdeno brilló en la oscuridad, a la vez que se escuchaba otra detonación. Los disparos se repitieron cuatro o cinco veces más.

Un cuerpo humano rodó pesadamente sobre la hierba. Volvió el silencio.

Chayne entrevió una forma blanca que se alejaba rápidamente.

A los pocos instantes, captó el rumor de un automóvil que arrancaba velozmente.

Luego, de pronto, hizo un movimiento y un ramalazo de dolor subió por su brazo fracturado hasta el cerebro y le hizo perder la noción de cuanto le rodeaba.

* * *

Cuando despertó, se encontró tendido en una cama, con el brazo enyesado.

Era ya de día y la luz se filtraba por las cortinas de la ventana del dormitorio. Chayne trató de ordenar en su mente los recuerdos de la terrible noche.

La puerta se abrió de pronto y una cabeza femenina asomó por el hueco.

—Ah, ya está despierto —sonrió Shelley—. Ahora le traeré algo de comer, Dirk.

La muchacha cerró de nuevo. Minutos más tarde, volvía con una bandeja en las manos.

—¿Cómo se siente? —preguntó jovialmente.

—Es difícil dar una respuesta. Aturdido, desconcertado… y también lleno de dolores —sonrió Chayne.

—No me extraña —dijo ella—. Well le golpeó con todas sus fuerzas y era un hombre tremendamente robusto.

—Ha muerto, ¿verdad?

—Sí. Fueron seis disparos y cinco balas dieron en el blanco, dos de ellas, en el corazón.

—Entonces, no ha podido declarar…

Shelley hizo un gesto negativo.

—No —confirmó.

—¿Qué fue de su asesino?

—Escapó.

—Me pareció una mujer…

—Yo también lo creo así, pero no debemos preocuparnos por ella; eso es cosa de la policía.

—Desde luego. Shelley, ¿qué milagro ocurrió para que usted acudiera en un momento tan crítico?

Ella se echó a reír.

—De verdad, me sentí muy sorprendida cuando, después de cenar, vi que se marchaba usted en una dirección que no le llevaría precisamente a Hartwood. Ello me intrigó mucho, como puede comprender, y aunque en un principio subí a mi habitación e incluso me metí en la cama, a los pocos minutos comprendí que la curiosidad no me dejaría dormir.

—Y se levantó y tomó el camino de Wildcott Castle.

—Justamente, Dirk. Entonces vi cómo le atacaba el encargado de las obras y me di cuenta de que usted caía. Well podía matarle con su brazo y, de hecho, tales eran sus intenciones, por lo que traté de defenderle, con lo primero que encontré a mano.

—Un garrote —sonrió Chayne.

—El mango de un pico abandonado junto al camino —puntualizó la chica—. Entonces, Well echó a correr y, a los pocos segundos, sonaron los disparos.

De pronto, Chayne recordó algo.

—¡Shelley! —exclamó—. ¿Dónde está la señora Markham?

Ella sonrió.

—No se preocupe; se repone en la habitación de al lado —contestó—. Por lo que he podido apreciar, pasó por un trance horrible. Enterrada en vida —se estremeció.

—¿Por qué, Shelley?

—No lo sé, todavía está muy deprimida y a veces le cuesta coordinar las ideas. El médico que le curó a usted, la atendió a ella y dijo que lo que le convenía es mucho reposo y pocas preguntas.

—Ya entiendo. Y yo que pensaba haberla visto llegar al pueblo hacia las cuatro de la tarde…, pero ya estaba en la sepultura, por lo visto.

—¿La vio llegar usted? —Se sorprendió la chica.

Chayne explicó la visión que había tenido cuando regresaba al pueblo para adquirir las herramientas que le permitirían buscar la tumba de la condesa.

—Indudablemente, era una mujer que se le parecía mucho —comentó, cuando él hubo terminado de hablar. Shelley hizo un gesto con la cabeza—. No puedo quitarme de la mente los horribles momentos que pasó en la fría oscuridad de la tumba, sintiéndose agonizar…

—Desde luego, tuvo que ser una cosa espeluznante. Pero imagínese lo que sentí yo cuando, para buscar el mejor sitio donde romper las losas de cemento que suplían a la antigua lápida, di unos cuantos golpes con el mango de la pala y escuché los que ella daba en el interior de la sepultura. Se me pusieron los pelos de punta, créame.

—No me extrañaría en absoluto —rió la muchacha—. Pero me imagino que Nora debió de sentir una enorme alegría al oír sus golpes.

—Ya nos lo explicará cuando se encuentre mejor. Yo me alegro muchísimo de haberle salvado la vida; a fin de cuentas, no puedo dejar de recordar que fuimos buenos amigos en tiempos.

—¿Muy… amigos? —preguntó Shelley intencionadamente.

Chayne sonrió.

—No sea indiscreta —le reprochó con suavidad—. ¿Cuándo podré levantarme, Shelley?

—Antes de mañana, de ningún modo —respondió ella, tajante.

* * *

Veinticuatro horas más tarde y, aunque con algunas dificultades, Chayne consiguió vestirse tras el desayuno. Dentro de lo malo, era el antebrazo el miembro fracturado, ya inmovilizado debidamente por medio de la escayola. Shelley le ayudó a ponerse la camisa y luego le echó la chaqueta sobre los hombros.

—Vamos a ver a Nora —dijo él, una vez listo.

—Está bien.

Salieron de la habitación. Shelley tocó con los nudillos en el cuarto contiguo.

—¡Qué raro! No contesta —dijo, extrañada, tras unos momentos de espera.

Repitió la llamada. El silencio continuó.

—Dirk, esto me da muy mala espina —exclamó la muchacha.

—Abra la puerta —indicó él.

Shelley hizo girar el pomo. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡Se ha ido!

Chayne se asomó al dormitorio. La cama aparecía vacía, aunque con evidentes señales de haber sido utilizada.

—Por la ventana —dijo Chayne, al verla abierta.

La distancia al suelo no era muy grande. A Nora le habría bastado descolgarse con las manos, lo que habría dejado sus pies a dos metros escasos del suelo.

—¿Dónde se habrá ido? —preguntó Shelley, no menos desconcertada que el joven.

Chayne apretó los labios.

—No tengo la menor idea —respondió—. Pero si me encontrase en condiciones, iría ahora mismo a Londres.

—Y la buscaría en su casa.

—Sí.

Hubo un instante de silencio. Luego, Shelley, tímidamente, dijo:

—Dirk, yo tengo permiso de conducción.

Chayne volvió la cabeza y sonrió.

—¿Qué me dice del permiso de sus padres? —preguntó.

—Confían plenamente en mí —respondió ella.

CAPÍTULO IX

Shelley detuvo el automóvil junto a la acera. Con la mano sana, Chayne le señaló el edificio situado en aquel tranquilo barrio residencial.

—Ése es —dijo.

Ella se apeó. Chayne lo hizo con algunas dificultades.

El brazo le dolía aún bastante. Estaba molestándose demasiado, pensó. Por muchas cosas que ocurriesen, debía atender a su curación en primer lugar. Una vez hubiese hablado con Nora, se iría a su casa y…

Cruzaron la acera y entraron en el edificio. Nora vivía en la última planta, la cuarta de la casa, un ático individual de gran lujo.

—Dirk, aquí hay algo que me extraña —dijo Shelley de pronto.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Nora —respondió la muchacha—. Dice estar arruinada, por lo que ha vendido Wildcott Castle en piezas, pero vive en un ático que debe costarle una fortuna en alquiler.

—Seguramente, puede continuar manteniéndolo con el importe de la venta de las piezas de su castillo.

—Por cierto, ¿habrá obtenido mucho? Me gustaría saberlo…

—Ya se lo preguntaremos dentro de unos segundos —respondió él.

Salieron del ascensor. Chayne se acercó a la puerta, que era la única de la cuarta planta.

Era una puerta de roble, con numerosos adornos tallados. A ambos lados de la misma había una especie de franjas vidriadas, de la altura de la puerta y de unos treinta centímetros de anchura. Un cristal, en cada lado, era aparentemente opaco, pero transparente desde el interior, por lo que la dueña de la casa podía ver a su visitante sin ser vista.

Chayne tocó el timbre.

Nadie contestó a la llamada.

—Habrá salido —sugirió la chica.

—Tiene una doncella. ¿Por qué no me responde?

El índice de Chayne se apoyó de nuevo en el botón de llamada. No hubo respuesta.

—Empiezo a ponerme nervioso —rezongó él—. Y voy a hacer algo que puede costarme caro.

Con el codo derecho, golpeó uno de los cristales de la vidriera lateral, que se rompió con tintineantes sonidos. Un hueco de unos diez o doce centímetros de lado quedó en el acto a la vista de los dos jóvenes.

Chayne miró a través de la abertura. De repente, se sintió acometido por una náusea horrible.

—Shelley…, hay que llamar a la policía… —dijo.

Sentíase mareado y tuvo que apoyarse en la puerta. Terriblemente intrigada, Shelley miró a través del hueco y lanzó un grito de horror.

Nora Markham yacía en el suelo, desnuda, espantosamente blanca, salvo en el brazo derecho, que aparecía manchado en parte de sangre.

El blanco del cuerpo de Nora contrastaba horriblemente con el rojo de la sangre que había formado un enorme charco en el suelo y que había brotado del brazo derecho, al que faltaba la mano correspondiente, amputada a ras de la muñeca.

* * *

Llamaron a la puerta. El sonido de la campanilla atravesó las brumas del sueño y llegó al cerebro del durmiente.

—Ya voy, ya voy —dijo Chayne, a la vez que apartaba a un lado las ropas de la cama.

Aunque con algunas dificultades, se puso la bata y metió los pies en las zapatillas. Con la mano sana, se arregló un poco el pelo revuelto y salió del dormitorio.

Abrió la puerta. Shelley estaba en el umbral, encantadora, con un trajecito de colores vivos, naranja y amarillo, con algunos toques negros en la separación de los cuadros. Un minúsculo sombrerito,

junto con el bolso de la misma tela que el vestido, completaban su atuendo.

En la mano traía un periódico. Chayne esbozó una sonrisa.

—Siento levantarme tan tarde —se disculpó, a la vez que se apartaba a un lado.

—Le conviene —dijo Shelley.

De pronto, Chayne observó que la muchacha estaba muy seria.

—¿Sucede algo malo? —exclamó, vagamente alarmado.

—Sí y no, según se mire.

—Y, ¿cómo ha de mirarse? —preguntó él con cierta sorna.

—Por el lado enigmático. Nora está viva.

Chayne respingó.

—Pero eso es imposible… Usted y yo la vimos muerta, desangrada tras la amputación de su mano… Cada vez que me acuerdo de aquel cuadro, siento escalofríos. Y no me hable tampoco del jaleo que tuvimos con Scotland Yard, porque aquello parecía el cuento de nunca acabar… Interrogatorios por aquí, preguntas por allá… ¡Horrible, realmente horrible!

—Tiene usted razón —convino la muchacha—. Sin embargo, insisto en que Nora está viva.

—¿En qué se basa para afirmarlo, Shelley?

—Lo trae el periódico. La muerta no era Nora Markham. En realidad, se llamaba Elsie Miller, una antigua *barmaid* de cierto local nada recomendable y que, en ocasiones, se dedicaba a menesteres todavía menos honestos.

—Elsie Miller… Nunca he oído ese nombre —confesó él.

—Es probable que ya no lo olvide en el resto de sus días, Dirk.

—Quizá —admitió Chayne—. Pero ¿cómo han sabido que la muerta no era la señora Markham?

—Muy sencillo: sus huellas dactilares.

—Incomprensible. El rostro era exacto al de Nora…

—Cirugía estética.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Chayne dijo:

—Shelley, voy al cuarto de baño. ¿Le molestaría prepararme algo de desayunar?

—Me encantaría —sonrió ella.

Chayne fue al baño y se colocó la manga de plástico sobre el brazo enyesado que, ajustando perfectamente en la carne libre,

impedía que se mojase la escayola. Luego entró en la placa y abrió el grifo de la ducha.

Cuando salió, había sobre la mesa un apetitoso desayuno a base de huevos revueltos, tostadas, mantequilla, mermelada, té y café. Shelley se sentó frente a él y mordisqueó una tostada.

—Sería cosa de averiguar por qué una antigua *barmaid* suplió a Nora Markham, ¿no le parece? —dijo él, después de desayunar.

—Alguien tenía que desempeñar su papel —opinó la muchacha.

—¿Mientras ella estaba enterrada?

—Pero ¿permaneció enterrada todo el tiempo? —Dudó la muchacha.

Chayne calló un momento.

—Hay aquí demasiados enigmas y yo no me siento por ahora con fuerzas para intentar su esclarecimiento —dijo por fin—. De todas formas, hay algo seguro y es el móvil de todos los hechos.

—¿Cuál es, en su opinión? —preguntó Shelley.

—El dinero.

—Sí, creo que sí —convino la chica—. Pero si se trata de dinero debe de ser en grandes cantidades.

—Lógico. No estamos tratando con personas interesadas en matar por un puñado de libras.

—Se me ocurre una idea —dijo Shelley de pronto.

—¿Buena?

—Ya que hablamos de dinero, ¿por qué no averiguamos cuánto han pagado los compradores de las piezas del castillo? Si se trata de sumas elevadas, no cabe la menor duda de que el total podría calificarse de botín.

—No es mala idea, pero, Shelley, en estos momentos, yo no me siento con ánimos de peregrinar de nuevo hasta Edimburgo o Glasgow.

Ella le miró con simpatía.

—Deje que yo me encargue del asunto, ¿quiere? —solicitó.

—Le costará dinero. No puedo consentir que…

—Eso no importa, Dirk —le interrumpió Shelley con vehemencia.

Pero Chayne no quería aceptar ciertas situaciones y continuó insistiendo.

—Mire, le daré un cheque por cien libras —dijo—. En todo caso,

el beneficiario de esta historia seré yo cuando haga mis guiones para la televisión.

—En este caso, voy a convertirme en una especie de secretaria suya —sonrió Shelley.

—Con el sueldo del primer mes pagado por adelantado —puntualizó él.

Después de firmar el cheque, preguntó:

—¿Por dónde piensa empezar, Shelley?

—Por el comprador de la capilla. Quiero saber dónde está la lápida de la tumba que cubrió primitivamente la sepultura de la condesa Enid —respondió la chica.

—Pero ignoramos el nombre de ese comprador…

Shelley sonrió, mientras señalaba el teléfono:

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo a Raymond Sitton, el apoderado legal de Nora Markham? —sugirió.

Chayne asintió y se acercó al teléfono. Con el aparato en la mano, se volvió para mirar a la muchacha.

—Y ahora que me acuerdo, ¿dónde está Nora?

Shelley lanzó un hondo suspiro.

—Demasiados enigmas, Dirk —contestó.

* * *

Shelley sintió un estremecimiento al contemplar la casa desde el exterior, a cincuenta o sesenta pasos, junto a la verja de la entrada.

Era una construcción de tejados picudos, de pizarra, muy antigua, a juzgar por la lobreguez de sus piedras. El jardín, grande, abundante en árboles de frondosa copa, parecía bastante descuidado.

Al otro lado divisó un aditamento de la casa. El ramaje le impidió ver más detalles, pero calculó que debía de tratarse de la capilla que había pertenecido en tiempos a Wildcott Castle. Shelley tiró de la anilla que, colgando de una cadenita, había junto a la puerta, y esperó.

Momentos más tarde, vio aparecer a un hombre que caminaba con ciertas dificultades por el sendero central. Era un sujeto de unos sesenta años, de pelo gris y facciones ajadas, cuyas ropas, aunque

limpias, parecían adecuadas al tétrico ambiente de la mansión.

El individuo llegó junto a la puerta y la miró con curiosidad.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó.

—Me llamo Shelley Kould y soy la secretaria de Dick Baine, el famoso escritor —contestó ella con todo desparpajo—. En su nombre, quiero decir el de mi jefe, desearía visitar al señor Braxton.

—Temo que eso no va a poder ser, señorita Kould. El señor Braxton se ausentó hace un par de días. Yo soy Simmons, su mayordomo…

Shelley hizo un gesto de contrariedad.

—¡Qué lástima! —se quejó—. Raymond Sitton me dijo que el señor Braxton había adquirido la capilla de Wildcott Castle.

—Es cierto. Mi amo se enteró de la venta de esa posesión, por piezas, y estimó que la capilla podía quedar bien, adosada a su casa. Fue una idea, permítame decirlo así, señorita.

—No lo dudo, Simmons —sonrió ella—. Pero ya que estoy aquí, ¿me permitiría usted visitar la capilla? Mi jefe quiere ciertos datos sobre la misma y en estos momentos se encuentra imposibilitado de viajar, por lo que me ha enviado a mí en su lugar.

Shelley esperaba una negativa, pero, sorprendentemente, Simmons accedió a su petición.

—No hay inconveniente, señorita… Tenga la bondad de pasar —dijo, a la vez que empezaba a abrir la verja.

CAPÍTULO X

El jardín olía de un modo peculiar. «Olor de hojas muertas», pensó la muchacha, mientras avanzaba junto al renqueante Simmons.

Vernon Braxton, se dijo, había comprado la capilla para adornar su residencia, pero no parecía hacer mucho caso ni de la una ni de la otra. Debía de ser un tipo excéntrico, porque no alcanzaba a comprender para qué adquiría algo que luego no pensaba ni utilizar ni contemplar.

—¿Es que no vive aquí el señor Braxton? —preguntó de sopetón.

—A veces —contestó el taciturno mayordomo.

—¿Ha estado en Braxton Manor últimamente?

—Vino la semana pasada y se fue anteayer.

—¿Vive usted solo aquí?

—Sí.

—¿A qué se dedica su amo, Simmons?

—Negocios.

Shelley suspiró mentalmente.

«Con un hombre así, no hay modo de adelantar. Y ni siquiera es joven para dedicarle un par de caídas de ojos y cuatro sonrisitas y sonsacarle más detalles», pensó melancólicamente.

Momentos después, llegaban a la capilla.

Simmons dijo:

—Tiene un acceso desde la casa, pero es mejor que entre por la puerta exterior, señorita.

—Como usted guste.

Simmons hizo girar el pesado picaporte de hierro. La puerta, de madera, giró apoyada en unas chirriantes bisagras.

El hueco tenía las dimensiones justas para que pudiera pasar una persona. Shelley entró y se sumergió en la penumbra de la capilla, reconstruida, apreció, con toda fidelidad.

La losa de la sepultura estaba en el centro del pavimento, sobresaliendo unos diez centímetros del suelo. Shelley captó la imagen de cuatro anillas, dos por cada costado, encastradas en el granito.

—¿Para qué son las anillas? —preguntó.

—Fueron utilizadas para colocar la losa en su sitio —respondió Simmons.

Shelley levantó la vista.

—Y el aparejo continúa en su sitio —comentó.

Destruía el conjunto artístico, se dijo. Claro que bastaba con no mirar a la bóveda para eludir así la contemplación del desaguisado cometido con la instalación de aquel aparejo completamente moderno, en el que, incluso, estaban todavía los delgados pero recios cables utilizados para la colocación de la pesada lápida.

Era un polipasto eléctrico, apreció Shelley casi en seguida. Pero había algo que la intrigaba terriblemente.

La lápida debía formar parte del pavimento y no sobresalir de él todo su grosor. Era otra muestra de la descuidada reconstrucción de la capilla.

—¿Hay algo debajo de la losa? —preguntó.

Simmons hizo un gesto ambiguo.

—No creo —repuso.

—Me gustaría levantar la losa un poco —dijo ella, movida por una curiosidad irrefrenable.

Simmons no opuso ninguna objeción. Se acercó a uno de los extremos de la capilla y movió un interruptor.

Los cables bajaron del techo. Terminaban en unos ganchos, que fueron pasados por las anillas por la propia muchacha.

—Arriba, Simmons —dijo Shelley.

El mayordomo accionó el interruptor de subida. Tras algunos chirridos, la losa granítica empezó a levantarse hacia arriba.

Un raro olor salió del hueco que había debajo y que medía unos sesenta centímetros de anchura por algo menos de dos metros de largo. De repente, Shelley vio una cosa blanca en el hueco.

Palideció.

Sin poder evitarlo, retrocedió un paso. El zumbido del motor se paró de repente, cuando la losa estaba a un metro del suelo.

En aquel hueco había un hombre.

Estaba muerto…, con una blanca mano aferrada a su garganta.

* * *

—Has tardado mucho —dijo Chayne, tuteando a la muchacha sin reparos.

Shelley se dejó caer sobre un sillón. Sacudió los pies y dos zapatitos volaron por los aires.

—El jaleo ha sido gordo en Falkirk —se disculpó.

Chayne sonrió. Con la mano derecha, destapó una botella y llenó dos copas, una de las cuales fue a parar a la recién llegada.

Shelley tomó un sorbo.

—Hasta de Glasgow acudieron policías —dijo—. Imagínate si ha levantado revuelo el asunto.

—Comprendo. Pasaste un mal rato, supongo.

—Imagínate. Aquella horrible mano…

—¿Pertenecía a Elsie Miller?

—Sin ningún género de dudas.

—He leído los periódicos —manifestó Chayne—. La mano fue un detalle, digamos decorativo. Pero lo que mató a Braxton fue otra cosa.

—Unos dedos de hierro —dijo Shelley.

—Si Well no estuviera muerto, sería cosa de pensar en él, ¿no te parece?

—Yo estoy pensando en otra cosa, al menos, en este momento.

—Habla —pidió él.

—Hay ciertos detalles que no acaban de encajar en este asunto, me refiero, claro está, a la muerte de Braxton. ¿Por qué la losa no estaba al nivel del pavimento de la capilla?

—Sencillamente, no encajaba en el hueco. Calcularon mal al excavar…

—Dirk, si yo comprase una capilla e, incluso, la losa sepulcral de la condesa Enid, no haría construir un hueco para sepultura. A menos que quisiera que me enterrasen allí al morir.

—¿Lo dispuso Braxton en su testamento?

—No aparece ninguna cláusula en ese sentido. Claro es que quizá no tuvo tiempo de añadirla a su testamento —opinó ella.

—Pudiera ser. ¿Hay más detalles que te choquen?

—Sí. El polipasto eléctrico. Y, naturalmente, las anillas en la losa. Según los técnicos, fueron colocadas después de extraídas de su emplazamiento inicial.

—Para su mejor colocación en su nuevo emplazamiento.

—Bien, de acuerdo, pero ¿por qué no retirar el polipasto? ¿Por qué dejarlo todo de modo que destruyera el conjunto artístico? En caso necesario, ¿no se podía montar un aparejo provisional, sostenido por un fuerte trípode?

—Sí, pero lo colgaron de la bóveda. Y yo te diré por qué, Shelley.

Los ojos de la muchacha miraron a Chayne por encima del borde de su copa.

—Precisamente querían que se encontrase a Braxton, con la mano de Elsie en torno a su garganta —añadió él.

—Me gustaría saber con qué objeto, Dirk.

—Simplemente, para seguir manteniendo viva la nueva leyenda de la venganza de Enid Wildcott.

Hubo un momento de silencio. Luego, Shelley formuló una pregunta:

—Aunque no te hayas movido de Londres, has podido averiguar, creo, cuánto importó en total la venta de Wildcott Castle por piezas. ¿Lo sabes ya?

—Sí. En total, poco más de ciento cincuenta mil libras.

Shelley lanzó un penetrante silbido.

—Lo dicho: un buen botín —exclamó a continuación—. Por cierto, ¿cómo tienes el brazo?

—Mucho mejor —replicó Chayne—. Me cambiaron la escayola, porque ya se había reducido la inflamación causada en los músculos por el golpe. La soldadura progresa satisfactoriamente.

—Lo celebro —sonrió ella—. Supongo que, aunque medio inválido, podrás moverte ahora con mayor facilidad.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—¿Se te ha ocurrido pensar que, cuando sacaste a Nora de la tumba, no examinaste luego su interior?

—¿Crees que hay allí algo de interés?

—Nora ocupó la auténtica sepultura de la condesa y nosotros no la hemos examinado a fondo.

—Será una profanación, Shelley —advirtió él.

—Tal vez, pero, en todo caso, con buen fin.

—¿Con buen fin? —repitió Chayne, extrañado.

Los ojos de Shelley brillaron de pronto con una luz singular.

—Dirk, tengo la sensación de que la condesa Enid no descansará en paz hasta que hayamos resuelto este enigma —contestó.

* * *

El automóvil, diestramente conducido por la muchacha, se movía a buena marcha en dirección Norte. Antes del atardecer no llegarían a Hartwood.

—Iremos por la mañana a Wildcott Castle —decidió Chayne—. Lo que se haya de hacer, será durante el día, a fin de contar con luz suficiente.

—Me parece muy bien, aunque creo que necesitaremos ayuda.

—Hablaré con Langle.

—No querrá ir. Tiene miedo…

Chayne sonrió.

—Hay ciertos miedos que se curan con un billete de diez libras —contestó—. Una buena paga por un par de horas de trabajo, ¿no te parece?

—Derrochador —le apostrofó ella, afectuosamente.

—Resultará una buena historia —dijo Chayne con expresión pensativa—. Por cierto, la condesa murió desangrada, porque su esposo no quiso socorrerla ni que la socorriera nadie. Pero ¿qué fue de la mano amputada?

—Según la tradición, fue enterrada sin ella. Se dice que el conde arrojó la mano por una ventana, para pasto de sus fieros mastines. No era la primera vez que aquellas bestias, por otra parte, comían carne humana. Cuando encontraba a un cazador furtivo en sus bosques, lo encerraba en una jaula. Luego mantenía a los canes durante dos días solamente con agua. Después, soltaba al prisionero y le obligaba a correr delante de los perros hambrientos.

—Una joya de hombre, vamos —comentó Chayne.

—Y que lo digas —convino ella con media sonrisa—. Los canes mordieron la primera vez, no por hambre, sino porque era su

instinto, pero el olor de la sangre los excitó y…

—Hay tipos a los que se debiera poder revivir, para cortarles el cuello cien veces —gruñó Chayne.

—El conde ya murió hace trescientos años, Dirk.

—Sí. Y yo me pregunto: ¿Era John Well también descendiente de Arno Wildcott? El parecido que vi en el cuadro que Mac Boyd tiene en su casa resultaba sorprendente.

—Sorprendentes son todas y cada una de las cosas que han sucedido desde que Nora tuvo la idea de vender el castillo por piezas —respondió la muchacha.

CAPÍTULO XI

Aunque a regañadientes, Tom Langle accedió a trabajar de nuevo en Wildcott Castle.

—Lo hago sólo por ver si de ésta se descubre al asesino del pobre Peter McCrain —dijo.

—Pero ¿no habíamos quedado en que la condesa se venga de todos los que habían colaborado en el despedazamiento de su castillo? —preguntó Chayne irónicamente.

Langle contestó con un par de gruñidos poco inteligibles. Chayne pensó que el individuo se cubría así para no decir que si iba era solamente por las diez libras ofrecidas.

Al día siguiente, Shelley fue al pueblo a buscar a los dos hombres. Chayne no había querido alojarse en casa de la muchacha, a pesar de la insistencia de ella y se quedó en la posada.

Shelley condujo el coche y lo detuvo a pocos pasos del antiguo emplazamiento de la ya inexistente capilla. Se apearon los tres y Langle requirió las herramientas.

—Si fuese de noche, no habría venido por todo el oro del mundo —refunfuñó, mientras empezaba a dar los primeros golpes a las delgadas losas de cementó que habían sustituido a la losa original.

Minutos más tarde, las losas habían sido apartadas por completo. Un amplio hueco, de dos metros y medio de largo por uno de ancho, quedó al descubierto.

—No hay nada —dijo Shelley, decepcionada.

Chayne frunció el ceño.

—Aquí hay algo que no encaja del todo —murmuró.

—¿Por qué dices eso?

—Nora fue enterrada en este lugar y permaneció… Bueno, no sabemos el tiempo que estuvo, pero si no murió de asfixia, pudo morir de inanición, por hambre y frío. Y eso no ocurrió tampoco.

—Había algunas grietas entre las losas —terció Langle—. El aire

pudo entrar por esos agujeros.

—Pero la tierra tapaba el cemento —alegó la chica.

—Imperfectamente —dijo Chayne, que recordaba muy bien cómo estaba, la tumba en el momento de empezar a trabajar en ella la noche en que murió Well—. La mayor parte de la tierra estaba acumulada en los lugares donde no había agujeros en la cubierta de la tumba.

—¿Quieres decir que lo hicieron a propósito?

—Probablemente. A Nora la enterraron en estado de inconsciencia…

—Pero si querían que muriera, no veo el objeto de esos agujeros, Dirk.

—Sadismo, Shelley.

La muchacha se estremeció.

—Querían gozar con sus padecimientos cuando despertase y se viese enterrada en vida —dijo.

—Exactamente.

De pronto, Chayne saltó al interior de la tumba, que distaba del borde unos sesenta centímetros. Golpeó con el tacón del zapato y obtuvo una respuesta inesperada.

—¡Suena a hueco! —exclamó.

* * *

En el fondo del hueco había una capa de fina tierra. Acuclillado, Chayne la removió con la mano libre.

Atraída por una invencible curiosidad, Shelley saltó también al fondo de la tumba. Algo crujió de repente.

—Pronto, sal fuera —gritó él.

—Hay tablas debajo de la tierra —dijo Langle, inclinado en el borde.

La tablazón, aunque evidentemente carcomida por el paso del tiempo, resistía bien el peso de una sola persona. Chayne puso al descubierto parte de la madera.

—Tom, esto es cosa suya —dijo.

Langle titubeó.

—No sé qué diablos vamos a encontrar ahí…

—Cien libras más —prometió el joven.

La resistencia de Langle se abatió en el acto.

—Hecho —aceptó.

Chayne salió. Langle bajó primero con una pala y dejó las tablas completamente limpias. Luego, con el pico que había traído consigo, rompió la primera madera.

Al cabo de unos minutos, ya había dos tablones fuera. Entonces vieron un ataúd que parecía en perfecto estado de conservación.

—Ahí reposa Enid —dijo Shelley, muy conmovida.

Chayne se acarició la mandíbula.

—Me gustaría sacar el ataúd —dijo—. Pero no veo cómo…

—Yo me encargaré de ello, señor —se ofreció Langle—. Todas las herramientas siguen aquí e incluso los aparejos con los que movíamos las piedras demasiado grandes.

Una hora más tarde, tres grandes maderos formaban un trípode situado sobre el hueco. Langle ató sendas cuerdas a las asas del féretro, reuniéndolas luego en el gancho que pendía de la polea sostenida por aquella grúa improvisada.

—Tendrán que ayudarme —dijo al terminar—. Esto pesa bastante.

—De acuerdo, Tom —contestó Shelley Chayne.

Langle salió utilizando la pequeña escalera que había formado parte del equipo de herramientas y utensilios empleados en la demolición del castillo. Luego, cinco brazos, tiraron a una de la cuerda que permitía izar el ataúd.

El féretro quedó suspendido en el aire cuando Langle sujetó diestramente el otro extremo de la soga.

—¿Y ahora? —dijo la chica.

—Sólo resta levantar la tapa del ataúd —contestó Chayne.

Langle lo atrajo a un lado con otra cuerda. Después, con una piqueta, atacó los cierres metálicos del féretro.

Las maderas se hallaban en pésimo estado, por lo que los cierres saltaron muy pronto.

Unos minutos más tarde, Langle alzó la tapa del ataúd.

Shelley se llevó un enorme chasco.

Había algunas cenizas en el fondo del ataúd, algunas hilachas de ropa, que habían perdido el brillo y la textura originales, restos de unos broches metálicos, que habían formado parte de un vestido…,

pero eso era todo.

* * *

—Eso era todo lo que quedaba de la pobre condesa Enid —dijo Shelley más tarde, ya de vuelta en su casa.

—Resulta lógico, si se piensa que han pasado más de trescientos años desde su muerte —manifestó Chayne.

—En cambio, lo que ya no resulta tan lógico, o por lo menos, es inexplicable, es la aparición de Nora Markham en la tumba y su desaparición después de rescatada. ¿No lo crees así, Dirk?

Chayne asintió:

—Sí, son cosas que todavía no tienen explicación posible…, como no la tienen la aparición de Mac Boyd bajo la lápida de la tumba de la condesa, con una mano sobre su garganta. Y no hablemos ya de la muerte de la pobre Elsie Miller.

—A mí se me ocurre una idea —dijo de pronto Shelley.

—Bien, ¿por qué no la expones?

—Visitaste a Nora, porque querías comprar dos capiteles, ¿no es así?

—Cierto —admitió el joven.

—Muy bien, pero ¿fue realmente Nora la que te recibió?

Chayne se quedó parado unos instantes.

—¿Y por qué no había de ser ella? —preguntó al cabo.

—Recuerda: Elsie fue sometida a una operación de cirugía estética, para que su rostro quedase muy semejante al de Nora.

—Sí, es verdad, pero… oye, te aseguro que la mujer que me recibió era Nora. No puedo equivocarme, Shelley.

—Creo que había pasado ya algunos años desde la última vez que os visteis, Dirk.

—Sólo cuatro…

—Dirk, créeme, si la semana que viene vuelves a verme y yo me tiño un poco el pelo y acentúo mi maquillaje y luego te digo que soy mi hermana Ann —inexistente, por supuesto—, de la que sólo me separan un año o dos de diferencia de edad, darás por sentado que estás hablando con Ann y no conmigo.

Chayne se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—Es muy posible que tengas razón —convino—. Sin embargo, Nora me conoció en seguida…

—¿Seguro?

—Espera. Yo entregué mi tarjeta de visita a su doncella. Nora la despidió y salió después, cuando ya nos habíamos quedado a solas en el departamento.

—Eso confirma mis presunciones. Si Elsie debía desempeñar el papel de Nora, tenía que estar muy bien impuesta de sus antiguas amistades y relaciones, a fin de no entrar en sospechas. Cuando menos, conocía las generalidades de la relación que la había unido con cada persona y, naturalmente, tenía que estar muy bien enterada de cuanto se refería a Wildcott Castle. ¿Qué te hacía a ti suponer, en aquellos momentos, que existía un doble de Nora?

—Nada, ni siquiera era capaz de imaginarme una cosa semejante —replicó Chayne—. Es muy posible que fuera así, en efecto, que la mujer que me recibió fuese Elsie en lugar de Nora, pero, en tal caso, ¿por qué lo hicieron?

—Dirk, hay ciento cincuenta mil libras en juego —le recordó Shelley.

—Lo que no es una fruslería precisamente. Pero a tus argumentos se les puede formular alguna objeción.

—¿Por ejemplo?

—¿Dónde estuvo Nora encerrada todo el tiempo que Elsie desempeñaba su papel?

Shelley apretó los labios.

—Dirk, ésa es una pregunta que sólo puede contestar la interesada —manifestó—. Y lo peor de todo es que desconocemos su paradero actual.

—Hay muchas cosas que todavía no comprendemos —dijo él—. Y no me parece posible que Nora haya estado en la tumba varias semanas. Un día, dos o tres, tal vez, pero no varias semanas, insisto.

—Había tierra y hierbas sobre las placas de cemento que habían sustituido a la losa primitiva —murmuró Shelley—. Dirk, me parece que no hemos examinado a fondo esa tumba —exclamó de súbito.

Chayne la miró con expresión inquisitiva.

—¿Es que había algo más que mirar? —preguntó.

Shelley movió la cabeza afirmativamente.

—Creo que hay más que mirar en esa tumba, pero no hoy, por

supuesto —respondió—. Se está haciendo de noche y, no soy supersticiosa, créeme; pero no iría a las ruinas de Wildcott Castle después de anochecido por todo el oro del mundo.

—Entonces, volveremos por la mañana y en compañía de Tom Langle, para que nos ayude a trabajar —decidió él.

CAPÍTULO XII

La señora Langle recibió a la pareja de muy mal talante a la mañana siguiente.

—Tom no ha vuelto y no sé dónde diablos puede estar. Tenía dinero y ese hombre se pierde por las tabernas de veinticinco millas a la redonda en cuanto dispone de un par de libras —declaró la mujer con evidente mal humor.

Chayne y Shelley se alejaron, un tanto decepcionados por la falta de Langle, con quien contaban para los trabajos más rudos. La muchacha, sin embargo, tuvo la idea de preguntar en la posada y así obtuvo la dirección de uno de los operarios que habían trabajado hasta poco antes en Mildcott Castle.

El hombre se llamaba Abner Creelin y el estímulo de diez libras fue suficiente para que aceptase acompañar a la pareja. Media hora más tarde, se apeaban los tres en las inmediaciones de las ruinas.

La tumba había sido recubierta de un modo provisional, en espera de una labor definitiva. La pequeña grúa montada por Langle continuaba en su sitio.

Creelin apartó a un lado las losas de cemento y descendió al fondo de la tumba para enganchar las asas del ataúd al aparejo. Momentos más tarde, el féretro volvía a la superficie por segunda vez en menos de veinticuatro horas.

La tumba tenía ahora una profundidad ligeramente superior a los dos metros. Chayne observó un detalle con cierta preocupación.

—Esa sepultura estaba dividida en dos mitades —dijo—. ¿Por qué?

De pronto, acometido por un súbito impulso, descendió al fondo de la tumba, utilizando para ello la pequeña escalera que Langle había empleado la víspera. El descenso, con un solo brazo útil, le resultó un poco complicado, aunque pudo llegar sin daños.

Inclinada sobre el borde, Shelley contemplaba atentamente las

maniobras del joven.

Chayne examinó las paredes laterales de la sepultura, en los que se veían algunas piedras labradas por la mano del hombre.

—Abner, deme un martillo o algo parecido —pidió de pronto.

Creelin descendió también y le entregó el martillo, una gruesa maceta de cantero, con la que Chayne empezó a golpear las paredes de la sepultura. De repente, se oyó un chasquido.

Shelley gritó. Parte de una de las paredes giró a un lado, dejando ver una negra abertura, de la que salió una bocanada de aire húmedo y apestoso.

—Shelley, en el coche hay una linterna —gritó el joven.

Ella corrió en busca de la lámpara. Intrigada, descendió al fondo de la tumba y trató de ver en las tinieblas del túnel que había aparecido tan repentinamente.

Chayne encendió la linterna. Después de descender una pequeña escalera de tres peldaños, se encontró en el túnel propiamente dicho, que era muy bajo, tanto que, en algunas ocasiones, tenía que caminar con la cabeza gacha. La hilera de tablas, se dijo, había quedado montada a una altura tal que se podía pasar allí por la parte superior de la entrada del túnel.

Un cuerpo humano podía ser empujado por el hueco que quedaba dividido en dos mitades por la línea de tablas, y depositado sobre éstas. El autor del hecho había tenido que empujar el cuerpo de Nora, haciéndolo arrastrarse sobre las tablas, hasta conseguir que adoptase la postura de tendida boca arriba.

Nora había sido llevada allí en estado de inconsciencia y, naturalmente, no sabía cómo escapar. Sólo debido al hecho de entrar aire por los intersticios estaba aún viva cuando él la encontró: de lo contrario, habría muerto por asfixia a las pocas horas.

De pronto, cuando ya llevaban unos minutos de camino, Shelley lanzó un grito:

—¡Dirk, se ve algo de luz!

Era cierto. Al fondo se divisaba una menuda chispita de luz, lo que indicaba se hallaban ya en las proximidades de la salida.

Repentinamente, Chayne tropezó con una cosa blanda caída en el suelo. Estuvo a punto de caer de bruces, pero la oportuna intervención de Shelley, asiéndole por el brazo sano, le evitó

mayores daños.

La luz de la lámpara alumbró la cosa que había en el suelo. Creelin juró ahogadamente.

Shelley chilló primero y luego giró en redondo, para no ver aquel horrible espectáculo.

Por su parte, Chayne sufrió un fuerte escalofrío al ver el cadáver de Tom Langle, cuyo rostro aparecía espantosamente desfigurado a causa del horror de sus últimos instantes.

Hubo un momento de silencio, después del macabro descubrimiento.

Al cabo de un rato, Shelley, con voz entrecortada, dijo:

—Estará muerto, supongo.

—Sí —confirmó Chayne lúgubremente.

—¿Es… estrangulado?

—En efecto.

Creelin lanzó una interjección.

—La mano de la condesa —gruñó—. Ella quiere descansar tranquila en Wildcott Castle y nosotros se lo impedimos…

Chayne no contestó; venciendo la repugnancia que sentía, se había arrodillado junto al cadáver de Langle y examinaba con toda atención las marcas que había en su garganta y que, evidentemente, procedían de una sola mano.

Al cabo de un rato, se incorporó y dijo:

—Vámonos, es preciso que avisemos a la policía.

* * *

Shelley se paseaba nerviosísima por la sala de su casa.

—Pero ¿qué podía buscar Langle en aquel túnel? —exclamó.

Chayne tenía en la mano un vaso alto y lo agitaba levemente de cuando en cuando.

—Un tesoro —contestó.

—¿Existe ese tesoro?

—Shelley, tú has visto el túnel lo mismo que yo. Es muy largo y tiene su entrada en las inmediaciones del lago. En todas estas mansiones antiguas solía haber una vía de escape parecida y no con objeto galante, sino como precaución para caso de un asedio en

algún conflicto. Si el asedio se prolongaba demasiado, el túnel podía permitir la escapatoria del dueño del castillo y de sus allegados. Si creemos en todo lo que se nos cuenta del conde Arno, no parece lógica la existencia del tesoro, porque él lo dilapidó en vida. Y si no, ¿por qué se contrató como capitán de una compañía de mercenarios?

—Necesitaría dinero, en efecto —admitió Shelley.

—Exactamente. Un tipo como Arno, aunque le gustasen las batallas, no guerrearía sólo por amor a la aventura, sino por dinero. Y si estaba arruinado, no tuvo otro remedio que pelear contratado como mercenario. Por tanto, el tesoro no existe.

—Pero Langle lo buscaba.

—El pobre Tom era un alma cándida, en medio de todo. Recuerda que la salida del túnel parece una cueva de alimañas. Quizá Tom pensó que si no podía encontrar la puerta secreta que había en la tumba, podía intentar llegar al tesoro entrando por la parte del lago, a casi ochocientos metros de las ruinas. También debes tener presente que el paso de los años ha convertido el túnel, en la parte del lago, en algo así como un tubo por el que difícilmente puede pasar una persona arrastrándose. Hay muchas hierbas y matorrales que cubren la entrada y que hacen difícil verla desde el exterior…

—Pero quien conocía esa supuesta cueva, pudo pensar que era la entrada al túnel —alegó la chica.

—Sobre eso, no cabe duda. Pero insisto que no hay tesoro; mejor dicho, sí lo hay: las ciento cincuenta mil libras que se han conseguido por la venta del castillo en trozos.

—Es cierto —convino Shelley—. Ése sí que es un tesoro, aunque, ¿quién lo tiene?

—Sitton es el apoderado legal de Nora. Podría informarnos.

—Pero se negará, alegando que no tenemos derecho a conocer secretos profesionales.

—Es muy posible. De todas formas, hay un procedimiento para saber adónde ha ido a parar el dinero de la venta de Wildcott Castle.

—¿Cuál es ese procedimiento, Dirk? —inquirió la muchacha.

—Hay una persona que compró la chimenea del castillo. Se llama Angus Mac Boyd y vive todavía. Él nos dirá cómo y a quién

pagó la cifra exigida por el vendedor como importe de su compara.

—¿Vas a ir Edimburgo?

Chayne sonrió, a la vez que levantaba su brazo enyesado.

—Solo, no —contestó.

Shelley le dirigió una mirada de simpatía.

—Iremos los dos —dijo.

* * *

—He pagado algo más de veintiséis mil libras por la chimenea y el cuadro de la condesa —declaró Mac Boyd al día siguiente.

—Caro capricho —observó Chayne.

Mac Boyd soltó una risita.

—Había un millonario americano que estaba dispuesto a pagar casi el doble —respondió.

—De todas formas —intervino Shelley—, el precio es lo de menos. ¿A quién entregó usted ese dinero?

—A Sitton, naturalmente. Conservo todos los documentos y el recibo. La operación se hizo de una forma absolutamente legal —dijo Mac Boyd, enfático.

—No lo dudamos —manifestó Chayne—. Sólo queríamos saber ese detalle, por lo que le damos las gracias, señor Mac Boyd.

—Sitton es el abogado de la señora Markham y en todo momento me entendí con él.

Chayne y la muchacha se pusieron en pie.

—No obstante —dijo Chayne de pronto—, quisiera hacerle todavía una pregunta, señor Mac Boyd.

—Adelante —dijo el interpelado de buen humor.

—¿Cómo supo usted que Wildcott Castle se vendía a trozos?

—El pobre Braxton y yo éramos muy buenos amigos —contestó Mac Boyd—. Luego lo leí en los periódicos, pero el anuncio en que se publicaba la venta del castillo por piezas era pequeño, no estaba precisamente en las primeras planas, por lo que se me pasó por alto. Vernon me llamó y entonces, tras una rápida visita a Wildcott Castle, decidí comprar la chimenea y el retrato de la condesa.

—Entiendo.

Chayne fijó la vista en Mac Boyd, quien seguía en su habitual

sillón, cubiertas las piernas con una manta escocesa.

—¿Es muy grave su dolencia? —preguntó.

—Nada agradable —respondió Mac Boyd—. Aparte de que ya tengo más años de los que desearía, hay cierta desconexión en las fibras nerviosas de mi aparato locomotor y muevo brazos y piernas con bastante dificultad. No sé si llegaré a curarme o no, pero me encuentro bastante fastidiado en esta poco agradable situación.

—Lo lamentamos infinito, señor —dijo el joven.

—Muchas gracias.

Chayne y Shelley se dispusieron a abandonar la casa, pero, antes de salir, el joven recordó algo.

—Señor Mac Boyd, ¿ha leído en los periódicos la noticia de la muerte de otra persona estrangulada por una sola mano? —preguntó.

Mac Boyd hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, pero continúo sin creer en fantasmas —respondió. Enseñó su revólver y añadió—: Esto me da una total seguridad, créanme, muchachos.

Al salir de la casa, una vez acomodados en el coche y mientras Shelley hacía girar la llave de contacto, Chayne dijo:

—Todavía hay algo que me preocupa enormemente.

—¿De qué se trata, Dirk?

—De Nora. ¿Dónde está? ¿Adónde fue después de abandonar tu casa?

Shelley procuró guiar el coche por el tráfico de Edimburgo, en dirección al Sur. Calló, porque no se sentía en condiciones de responder a las palabras del joven.

De pronto, Chayne lanzó una exclamación:

—Shelley, da media vuelta. Iremos al Este.

—¿Cómo? —Se sorprendió la muchacha.

—Sí, a Falkirk… a la casa de Vernon Braxton —respondió Chayne con firme acento.

* * *

Anochecía ya. El tiempo había empeorado súbitamente.

Nubes tempestuosas corrían por el cielo. Soplaba un viento

fresco, fuerte a rachas y desagradable, con olor a humedad en ocasiones.

Shelley detuvo el coche ante la mansión de Braxton. El aspecto del jardín la impresionó desfavorablemente.

—Esto no me gusta —dijo.

—No resulta atractivo —convino Chayne—, y menos con este tiempo y con estos nubarrones por encima de nosotros. Pero creo que es preciso que hagamos esta visita.

—Muy bien, si tú lo crees necesario…

Shelley se apeó. Chayne lo hizo continuación.

Estaban frente a la verja de entrada. Hojas secas caían a veces de los árboles.

Un relámpago brilló en la plomiza penumbra del cielo. Cayeron las primeras gotas.

—Vamos, Shelley.

Echaron a andar hacia la verja. Chayne buscó la anilla de la cadena de llamada.

De pronto y antes de que asiera la anilla, se oyó un chirrido.

Shelley lanzó un grito de espanto.

—¡Dirk, mira!

La verja se abría por sí sola. Uno de los dos batientes giró, mientras gemían las bisagras mal engrasadas, dejando el espacio suficiente para el paso de una persona.

El efecto, en la penumbra del atardecer tormentoso, era altamente tétrico. Shelley creyó que se le paralizaba el corazón.

Chayne se acercó a la verja.

—No temas —sonrió—. Simplemente, estaba sin cerrar con llave y un golpe de viento la ha abierto.

Ella dejó escapar el aire contenido en sus pulmones.

—¡Uf! —dijo, aliviada—. Me pareció como sí hubiera un fantasma que nos abriese la verja…

—No hay fantasmas, Shelley. Vamos adentro.

Cruzaron la verja y penetraron unos cuantos pasos. De pronto, se oyó un fuerte chasquido.

Shelley se volvió.

—¡Dirk, la puerta se ha cerrado por sí sola! —gritó, aterrada, sintiendo como si sus piernas se hubiesen convertido de repente en algo sin huesos y se negasen a sostenerla.

CAPÍTULO XIII

Chayne se acercó a la verja y tiró hacia sí, pero el batiente de hierro se negó a moverse.

—Ahora está cerrada… —murmuró, mientras las gotas de lluvia parecían espesarse por momentos.

—Esta mansión me pone los pelos de punta —confesó la chica, temblando de pavor.

Chayne examinó la cerradura. Pronto llegó a una conclusión.

—Shelley, lamento decepcionarte, pero no hay intervención de seres sobrenaturales, ni fantasmas ni cosa que se le parezca —dijo —. Simplemente, alguien, tal vez Simmons, se olvidó de cerrar la verja con llave. El viento la abrió y la ha vuelto a cerrar, y ahora, el pestillo ha encajado por el golpe en la cerradura, eso es todo…

—¿Tú crees? —preguntó ella, todavía recelosa.

Chayne dirigió la vista hacia la caseta del portero, adosada a la tapia, junto a la verja.

—La llave estará ahí —contestó—. Ya la buscaremos a la vuelta.

—Sí, pero ¿qué vamos a buscar en esa casa?

—Ten un poco de paciencia, por favor —rogó él.

Siguieron avanzando. Shelley no acababa de admitir por completo las explicaciones de Chayne respecto a la cancela de la entrada y, temerosa, volvía la cabeza de cuando en cuando. Pero todo parecía seguir normal.

Momentos más tarde, llegaron a la casa, que aparecía silenciosa y quizá deshabitada, pensó Chayne. Por precaución, Chayne llamó a la puerta utilizando para ello un pesado llamador de bronce, en forma de mano que empuñaba un martillo.

Los golpes resonaron con sordos ecos en el interior de la casa. Shelley se estremeció.

—No hay nadie ahí —dijo.

Chayne insistió. De pronto, se dio cuenta de que la puerta cedía

ligeramente.

—Está abierta —exclamó, sorprendido.

Empujó un poco. A través de la rendija que había abierto exploró el interior de la casa viendo que el gran vestíbulo aparecía desierto.

—Aquí no hay nadie —decidió de súbito—. Shelley, guíame a la capilla.

—Sí, vamos allá…

Sin entrar en la casa, dieron un pequeño rodeo y volvieron a la capilla. Shelley buscó la puerta lateral y la abrió.

Chayne encendió la linterna que había llevado consigo.

—Ahí está la lápida que cubría la sepultura de la condesa Enid —dijo ella.

Los rayos de luz de la lámpara se pasearon por todos los rincones de la reconstruida capilla. El polipasto eléctrico permanecía en su sitio.

Un trueno resonó a lo lejos, haciendo vibrar tenuemente las cristaleras policromadas de la capilla. Shelley se estremeció.

—Vámonos de aquí, Dirk —rogó.

—Espera —pidió él—. Quiero ver qué hay debajo de la lápida.

—Estaba el cadáver de Braxton y ya lo sacaron…

—Por favor, ¿quieres hacer funcionar el aparejo?

Había algo en la voz de Chayne, que hizo reaccionar a la muchacha. Shelley enganchó los cables a las cuatro anillas de la lápida y luego manejó el interruptor del mecanismo.

La lápida empezó a subir. Chayne tenía enfocada su linterna al interior de la sepultura.

De repente, Shelley dio un agudo grito.

—¡Ella!

Chayne se estremeció al ver la forma blanca tendida en el suelo de la tumba, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados.

—Esta vez no hemos llegado a tiempo —murmuró lúgubremente.

Shelley tenía la boca abierta. Quería gritar, pero le resultaba materialmente imposible.

De repente se oyeron unos pasos en el exterior.

La mano de Shelley se crispó sobre el brazo sano de Chayne. Sus

ojos estaban desorbitados por el terror.

Los pasos se acercaban lentamente. Sonaban con cierta firmeza, espaciados entre sí y la gravilla crujía con tétricos chirridos.

De pronto, Chayne reaccionó y se apartó a un lado, llevándose consigo a la muchacha.

Los pasos se acercaban cada vez más, lentos, pero seguros.

«Inexorables, como los de la muerte», pensó Shelley, sin poder contenerse.

Chayne levantó la linterna. En caso necesario, podía resultar un arma útil para la defensa.

Una silueta se recortó en el umbral, la figura de un hombre corpulento y macizo, de mediana estatura, de cuyos labios brotó repentinamente una fuerte interjección:

—¿Eh? Pero ¿qué diablos…?

El hombre se volvió de pronto, al presentir la presencia de otras personas en la capilla.

—Cuidado —advirtió severamente—. Soy el inspector Jones, de la policía de Glasgow.

* * *

—¡Uf! —Hizo Shelley.

Chayne no se sintió menos aliviado al conocer la identidad del recién llegado. Dio su nombre y el de la muchacha, y luego manifestó su sorpresa por la presencia del policía en Braxton Manor.

—No tiene nada de extraño —dijo Jones—. Aquí se cometió un crimen y, aunque, en apariencia, lo hizo la mano de una muerta, yo no creo en leyendas, salvo como motivo de entretenimiento, claro está.

—Y sigue investigando —adivinó Shelley.

—Exactamente —confirmó el inspector—. Pero creo que deberíamos ocuparnos de ese cadáver ante todo. ¿Reconocen ustedes a la muerta?

—Sí, es Eleonora Markham, Nora para los íntimos —contestó el joven.

Jones frunció el ceño. Luego dijo:

—Hay que subir un poco más esa lápida.

—Yo lo haré, inspector —se ofreció Shelley.

La pesada losa ascendió cosa de medio metro más. Jones se deslizó al interior de la tumba y se acuclilló junto al cuerpo inerte de Nora.

Chayne se dio cuenta de que el inspector tanteaba el suelo con la mano.

—Un pavimento muy mullido —dijo—. Hay un par de mantas y, debajo, una colchoneta de espuma de goma. Por lo visto, hay alguien a quien le dolía que la muerta pasara frío —añadió, sarcástico.

—Inspector, ¿tiene la seguridad de que Nora está muerta?

Jones, sorprendido, se irguió y miró un momento al joven. Luego, de pronto, volvió a inclinarse y puso una mano sobre el pecho de la mujer.

—Está fría… pero no es el frío de la muerte —dijo.

—Creo que deberíamos sacarla de ahí y ver de reanimarla —sugirió Chayne—. Para esa pobre mujer, verse enterrada en vida por segunda vez ha debido suponer un *shock* realmente espantoso.

Jones asintió. Era fuerte y pudo alzar a Nora, depositándola fuera de la tumba. Salió y, tomándola en brazos nuevamente, se dirigió hacia la salida.

—En Braxton Manor debe de haber teléfono —dijo.

Momentos después, llegaban a una gran sala, en uno de cuyos divanes fue depositado el cuerpo de Nora. Chayne la examinó con gran atención, dándose cuenta de que respiraba todavía, aunque su estado era de extrema debilidad.

Shelley buscó en un armario y encontró una botella de licor y vasos. La instalación eléctrica funcionaba a la perfección y había luz suficiente para moverse por toda la casa sin la menor dificultad.

Jones, por su parte, friccionaba las muñecas de Nora, a fin de hacerla reaccionar.

Shelley se arrodilló junto al diván, con una copa de licor en la mano.

—Es preciso que beba un poco —dijo.

Jones asintió. Los primeros sorbos de licor, aunque pasaron por la garganta de Nora, no produjeron en ella reacción apreciable.

—Me gustaría saber dónde está Simmons —dijo Jones de pronto.

—¿Tenía que estar en la casa? —Se sorprendió Chayne.

—¿Por qué la había de abandonar?

—Sí, es verdad… Oiga, inspector, ¿por dónde ha entrado usted? La cancela estaba cerrada…

Jones sonrió.

—Tenía un duplicado de la llave —contestó—. Tarde o temprano, el asesino de Braxton debe volver a esta casa.

—Y usted espera cazarlo.

—Sí, pero… ese Simmons… Me preocupa su ausencia, francamente.

Nora seguía sin reaccionar, todavía inconsciente, aunque era evidente que mejoraba, ya que se advertían los movimientos de su pecho al respirar. Chayne ansiaba verla recobrada, a fin de que le explicase algunos puntos que todavía se le antojaban oscuros.

—Esta mujer no puede seguir aquí —dijo Jones de pronto—. Sólo en un hospital podrán atenderla como es debido.

—Yo iré a avisar por teléfono —se ofreció Chayne.

Y se dirigió hacia la puerta más próxima, en busca de un teléfono, pero no se dio cuenta de que aquella puerta era la de un armario, hasta que la hubo abierto El armario no estaba vacío.

Había alguien en su interior.

Shelley gritó. Jones se volvió y masculló un juramento.

Luego, con voz ronca, identificó al hombre que aparecía hecho un ovillo en el fondo del armario:

—¡Simmons!

* * *

Chayne y Shelley aguardaban en el pasillo del hospital al que había sido conducida Nora, en espera de que los médicos les permitiesen hablar con ella. Jones se había quedado dirigiendo las tareas de investigación del asesinato de Simmons, el mayordomo de Braxton.

—Lo mataron para hacerle callar, no cabe duda —dijo la muchacha.

Chayne asintió.

—Seguramente, vio cómo enterraban a Nora… o quizá era uno

de sus cómplices y ya no les resultaba de utilidad alguna, sino todo lo contrario. Por tanto, era preciso hacerle callar de un modo definitivo.

—Sí, pero ¿por qué lo encerraron en el armario?

—A mi entender era, digamos, una sepultura provisional. Más tarde, el asesino volvería a Braxton Manor y lo enterraría en algún rincón del jardín.

—¿Y Nora? ¿Qué objeto tiene enterrarla viva dos veces?

Chayne se encogió de hombros.

—No acabo de entenderlo del todo, pero me da la sensación de que es una especie de tratamiento —contestó.

—¿Tratamiento? —se extrañó ella.

—Sí. Nora sabe algo, ignoro qué; pero el o los asesinos, quieren obligarla a que hable, llenándola de terror.

—Vamos, una especie de lavado de cerebro.

—Algo por el estilo, Shelley.

—Bien, pero ¿qué es lo que sabe Nora?

—En primer lugar, es la dueña de ciento cincuenta mil libras esterlinas, una suma más que suficiente para tentar la codicia de algunos.

—¿Y tomarse tantos trabajos sólo para conseguir que les entregue el dinero o les firme un cheque?

—Eso es, precisamente, lo que me intriga —admitió Chayne—. Demasiados escenarios, demasiadas muertes fantasmales… y todo, ¿para qué? Ahora, francamente, yo también empiezo a creer en la existencia de un tesoro.

—Pero ¿no habíamos quedado que el conde Arno murió arruinado?

—Oh, claro que sí, parece la hipótesis más adecuada. Sin embargo, ¿sabemos si Enid tenía fortuna propia y no se la quiso entregar a un marido que era compendio de todos los vicios?

Shelley se quedó muy pensativa al oír aquellas palabras. De pronto, se abrió la puerta donde estaba internada Nora Markham y el médico apareció en el umbral.

—Lo siento —dijo el galeno—. Por ahora, no son aconsejables las visitas a la paciente.

—Pero, doctor…

El médico cortó en seco la apenas expresada petición de Chayne.

—Repito que lo siento. Buenas noches.

La enfermera que se quedaba para atender a Nora, cerró la puerta de la habitación.

Chayne y Shelley se sintieron decepcionados al ver la situación en que se encontraban.

El joven tomó una repentina decisión.

—Yo también lo siento por usted —dijo—, pero no me muevo del hospital hasta que hable con Nora.

—Dirk, podemos volver mañana…

Chayne guiñó un ojo a la muchacha.

—Son cerca de las doce de la noche —contestó—. Todavía no hay una enfermera que no se duerma al llegar la madrugada, junto al lecho del paciente al que debe atender.

—Oh —dijo ella, al comprender las intenciones de Chayne—. En ese caso, yo también me quedaré.

—Muy bien, chica. Ahora recuerde una cosa: hay una cafetería en el hospital. Vaya y tómese algo y vuelva luego a relevarme en la espera. ¿Entendido, Shelley?

—Entendido, Dirk.

* * *

El silencio más completo reinaba en el hospital. Después de haber dormido durante un rato, Chayne parpadeó y miró a su alrededor durante unos segundos, como asombrado de hallarse en aquel lugar.

Pero pronto recobró la consciencia total. A su lado, Shelley, sentada en la butaca, respiraba sosegadamente, con la cabeza caída sobre el pecho.

Chayne consultó su reloj. Eran las cuatro y media de la madrugada. Hora y media después, empezaría a verse la luz del nuevo día.

Se puso en pie. Paso a paso, se acercó a la puerta del cuarto donde Nora estaba internada.

Abrió.

Tal como había calculado, la enfermera estaba profundamente dormida, casi en la misma postura que Shelley.

Nora se hallaba en su cama, durmiendo al parecer apaciblemente. Estaba muy pálida, aunque no por completo demacrada. Era evidente que ya se había iniciado el proceso de recuperación.

Uno de los brazos de Nora, de mórbida blancura, sobresalía del embozo de las sábanas.

Su pecho se agitaba con rítmicos movimientos.

Chayne se acercó a la cama paso a paso. La habitación estaba sumida en la penumbra, iluminada solamente por una lámpara de poca potencia, situada en uno de los rincones.

Con los dedos de la mano sana, rozó el brazo de Nora. Ella no pareció darse cuenta del gesto.

—Nora, Nora… —llamó, con imperceptible siseo.

Ella abrió los ojos torpemente.

—¿Quién… me…? ¿Qué… quiere…?

—Nora, ¿no me conoces? Soy Dirk Chayne… Escucha, no alces la voz; la enfermera duerme y no quiero despertarla…

La comprensión pareció entrar en la mente de la mujer. Trató de incorporarse en el lecho, pero Chayne, persuasivo, la convenció de que era mejor que continuase en la misma postura.

—Quiero ayudarte —dijo—. A pesar de que nos separamos en el pasado, siempre me consideré tu amigo, ¿comprendes?

Ella hizo un silencioso gesto de asentimiento. Incluso sonrió débilmente.

Chayne lanzó una furtiva mirada hacia la enfermera, cuyo sueño le estaba resultando tan conveniente. Luego formuló la primera pregunta a Nora.

Diez minutos más tarde, observó en ella visibles señales de fatiga. Nora no se había repuesto todavía del *shock* sufrido y le convenía el descanso.

Chayne le dio una afectuosa palmada en la mano.

—Cuídate bien —dijo—. Ya no te harán más daño.

Pisando de puntillas, se dirigió hacia la puerta. Empezaba a abrirla cuando, pronto, oyó un leve chasquido a sus espaldas.

Giró en redondo. Alguien levantaba el bastidor de la ventana, con objeto de penetrar en la estancia. Dada la situación de la ventana con respecto a la puerta, el intruso no vio a Chayne en los primeros momentos.

Por su parte, el joven divisó una sombra negra, un sombrero oscuro y un rostro cubierto con una media también de color negro y muy espesa. En su interior Chayne maldijo la imprudencia de quien fuera al situar a Nora en una habitación de la planta baja del edificio.

Pero, reaccionando, corrió hacia la ventana, justo cuando el intruso pasaba ya una pierna sobre el alféizar.

—Quieto —dijo a media voz.

El otro le miró sorprendido. Chayne alargó la mano derecha para detener al intruso, pero éste contraatacó con repentina furia.

Chayne recibió el golpe en pleno pecho y se tambaleó, a la vez que le parecía quedarse sin respiración. Creyó haber recibido un mazazo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Pero, a pesar de su brazo escayolado, Chayne insistió. Sin embargo, sus intentos no tuvieron éxito alguno; otro golpe, esta vez dirigido al estómago, le dejó sentado en el suelo.

No obstante, había conseguido su objetivo. El intruso, viendo que su sorpresa se había frustrado, escapó antes de que el joven tuviera tiempo de ponerse en pie.

Shelley se asomó en aquel momento. Vio a Chayne sentado en el suelo y lanzó un «¡Oh!» de asombro.

Corrió hacia él.

—Dirk…

—Ayúdeme —rezongó el joven—. Creo que he podido salvar la vida a Nora.

Shelley le ayudó a ponerse en pie. Chayne sentía fuertes dolores en el pecho y en el estómago.

Miró hacia la enfermera, que continuaba durmiendo como un tronco.

—Si la vida de Nora dependiera de ella… —masculló, irritado.

Shelley cerró la ventana. En la puerta, Chayne dijo:

—Tenemos que avisar al inspector Jones. Es preciso proteger a Nora, sea como sea.

—De acuerdo, pero, dime, ¿has conseguido hablar con ella?

A pesar del dolor que sentía, Chayne consiguió esbozar una sonrisa.

—Sí —contestó lacónicamente.

* * *

Shelley conducía de vuelta a Hartwood.

—Nora está a salvo. El asesino no podrá dar con ella —dijo.

Chayne hizo un gesto de asentimiento.

—Sólo espero que esté repuesta para el momento oportuno —deseo.

—Se recupera rápidamente y más ahora que sabe que ya no corre peligro alguno. Esa mujer te deberá siempre la vida y un poco más.

—¿Un poco más? —se extrañó él.

—Sí, hombre, su fortuna.

—Bueno, Nora es una mujer, aparte de hermosa, bastante voluble y un poco inconstante. Le gusta el dinero y el lujo, pero creo que estimará más haber salvado su linda piel que su fortuna.

—Hombre, ahora que mencionas la piel de Nora... ¿Es linda de veras? —preguntó Shelley maliciosamente.

—No tanto como la tuya —contestó él evasivo.

—Habría que ver —dijo la chica, escéptica.

—Si paras el coche, podremos empezar a ver.

—Oh, déjate de bromas. En serio, ¿qué hubo entre los dos?

Chayne giró la cabeza para mirar a Shelley, sorprendido por aquella pregunta.

—¿Celosa?

Ella hizo un gesto despectivo.

—Curiosa —respondió.

Chayne reclinó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Ocurrió hace cuatro años. Yo tenía veintiséis y ella treinta y uno —dijo.

—¿Y...?

—Aparentemente, Nora es dulce, apacible y cariñosa, y lo es, sin duda alguna, pero cuando se la conoce mejor, se ve cuál es su verdadero genio. A veces se convierte en una verdadera fiera.

—Y tú no quisiste pasarte la vida conteniendo sus arremetidas con una silla en una mano y un látigo en la otra, como los domadores.

—Exacto.

—¿Eso es todo, Dirk?

Chayne alzó la mano derecha.

—Sí, Señoría —contestó solemnemente.

Shelley hizo un gesto con la cabeza.

—En fin, en toda mujer hay siempre un rinconcito para la comprensión y el perdón. Y yo no me voy a pasar la vida, atormentada por lo que hubo en tiempos entre Nora y tú.

—Oye, oye, ¿qué es eso de pasarte la vida…?

—Claro. Voy a casarme contigo, Dirk. Dentro de poco, tú pedirás mí mano y yo diré que sí, muy contenta y satisfecha. Y, a fin de cuentas, toda mujer debe saber perdonar las aventurillas de soltero de su marido, siempre que no las repita de casado.

Chayne miró de nuevo a la muchacha. Luego, sonriendo, dijo:

—Para, Shelley.

Ella arrimó el coche a la cuneta. Mientras realizaba la maniobra, Chayne añadió:

—Me alegra estar en estos momentos en Inglaterra y en un coche inglés. Como aquí se conduce por la izquierda, el volante está a la derecha. Si estuviéramos en el continente, yo me hallaría a tu derecha en lugar de estar a tu izquierda. ¿Comprendes?

—No —contestó Shelley—. ¿Qué tratas de decirme?

—Muy sencillo: que mi brazo sano es el derecho y eso me permite abrazarte, cosa que no sucedería si estuviésemos en el continente…

—Oh, basta ya de rollos. Abrázame de una vez, hombre —pidió Shelley ansiosamente.

Al abrazo, naturalmente, siguió el beso, estallante de pasión.

* * *

—¡Hum! —dudó Shelley, algunas noches más tarde, mientras se acercaban a pie a las ruinas de Wildcott Castle.

—¿Puedo saber qué significa ese *¡Hum!*? —preguntó Chayne.

—Escepticismo, querido —contestó ella.

—Ah, de modo que no confías en mi plan…

—Teóricamente, es bueno, debo admitirlo. Sólo falta que dé el resultado apetecido.

—Para eso lo vamos a poner en marcha, ¿no crees?

—Confiemos en que todo salga como dices, querido.

—El plan dará resultado —dijo él, plenamente convencido de la bondad de su idea—. Y luego pediré tu mano, aunque me parece que éste será ya un trámite poco menos que inútil.

—Bueno, bueno, ya lo veremos. Ahora lo mejor será que nos concentremos en lo que tenemos que hacer.

Chayne agarró la mano de Shelley. Ella le miró y sonrió cálidamente en la oscuridad.

Poco más tarde, avistaron las ruinas.

La luna brillaba en un cielo con pocas nubes. Chayne y la joven buscaron un lugar adecuado y se dispusieron a aguardar pacientemente.

Los ojos de Chayne permanecían fijos casi con obstinación en la tumba de la condesa Enid. El aparejo montado por el infeliz Tom Langle continuaba en su sitio.

* * *

De pronto, se oyó a lo lejos el tenue rumor de un automóvil.

Arrebujada en un chaquetón de pieles, la noche estaba bastante fresca, Shelley se estremeció.

Chayne la tocó en un brazo.

—Cuidado —advirtió en voz baja.

El ruido se acentuó unos instantes y luego desapareció. Los faros que se habían visto brillar en las tinieblas se apagaron casi al mismo tiempo.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, se oyó rumor de pasos.

Shelley sintió que todos sus nervios se ponían en tensión. La mano de Chayne oprimió la suya, con gesto destinado a tranquilizarla.

Dos hombres aparecieron de repente ante los ojos de la pareja. Uno de ellos era bastante alto y delgado. El otro era más bajo, un poco grueso y se movía con ciertas dificultades.

Una gran lámpara portátil quedó en el suelo, enfocada hacia la tumba.

Se oyó una voz:

—Bueno, vamos a ver si encontramos de una vez este condenado

tesoro.

Y el otro contestó:

—Sí, ya tengo ganas de acabar con este maldito asunto y largarme de una vez del país.

—¿Adónde piensas ir, Mac?

—No lo sé. Muy lejos de Inglaterra, desde luego.

—Eres ya viejo, Mac —se burló el otro.

—Menos de lo que parece —rezongó el segundo—. Esa maldita enfermedad me quebrantó mucho, pero ya estoy repuesto. Cincuenta y ocho años no es precisamente una edad matusalénica, ¿no te parece?

—Todo depende de cómo se miren las cosas, Mac. Bueno, vamos a ver si conseguimos sacar ese maldito ataúd…

—¿Para encontrar el tesoro de la condesa Enid, señor Sitton?

Los dos hombres, terriblemente sorprendidos, se volvieron al mismo tiempo. Chayne avanzó unos pasos y salió al descubierto, mientras la chica, por consejo suyo, continuaba en el mismo sitio.

—No se mueva —dijo de pronto uno de los dos hombres, a la vez que sacaba un revólver.

Chayne contempló el arma sin inmutarse.

—Ese revólver es el que le permitía no sentir temor alguno del fantasma de la condesa, señor Mac Boyd —dijo calmosamente—. También, creo, es el mismo que sirvió para matar a John Well, cuando usted creyó que vivo podía representar algún peligro para sus planes.

—¿Puede demostrarlo? —preguntó Mac Boyd desafiadoramente.

—Algunas de las balas quedaron dentro del cuerpo de Well. Podrán ser comparadas con las que el arma tiene ahora en el tambor.

—Raymond, tenemos que hacer algo…

—¿Más crímenes, señor Sitton? —preguntó el joven irónicamente.

Sitton inspiró con fuerza.

—Debí haberle matado a usted el primer día que nos conocimos —contestó con acento lleno de rencor.

—Sí, indudablemente, se habría evitado muchos contratiempos —admitió Chayne sin perder la calma—. Pero no por ello habría conseguido el tesoro de la condesa Enid. Por cierto, ¿dónde y cómo

conocieron su existencia?

—Había un documento escondido en uno de los marcos del cuadro que representa al conde —explicó Mac Boyd de mala gana.

—¿Da muchos detalles sobre el tesoro?

—No, sólo dice que Enid lo escondió, presintiendo su próxima muerte, y que no quería que su esposo disfrutase de sus bienes propios.

—Y ahora ya saben dónde está.

Sitton asintió.

—En la tumba —dijo.

—Está abierta y el ataúd a la vista. Adelante —invitó Chayne.

—En esa tumba habrá otro cadáver muy pronto —gruñó Mac Boyd amenazadoramente.

—Tal vez. Pero dígame, ¿eran necesarias todas esas muertes? Aunque presumo que era preciso confirmar con realidades la existencia de la nueva leyenda sobre la mano de la condesa —dijo el joven—. Pero, en realidad, era la mano de hierro de Well la que cometía los crímenes. Incluso se había puesto en uno de los dedos de metal un anillo, para que la señal apareciese en la garganta de sus víctimas.

»Una mano así podía matar casi instantáneamente y golpear con terrible fuerza. Mi brazo roto es una prueba de ello, como la muerte del perrito de Shelley Kould, cuya garganta apareció destrozada por las puntas de esos dedos de hierro, y pudo parecer así que había sido muerto por un zorro o sabe Dios qué fiera. Pero Well, quien tendría una parte en el tesoro, murió. Y otro tenía que ocupar su puesto…, precisamente la misma persona que mató a Langle en el túnel… “¡con la mano izquierda!”.

Sitton retrocedió un paso instintivamente.

—Sí —prosiguió Chayne—, a usted le falta la mano izquierda y llevaba una prótesis corriente, pero se hizo construir una de hierro cuando al morir Well, una muerte necesaria para ustedes, todo hay que decirlo, se encontraron sin el ejecutor de sus órdenes. Well mataba «con la mano derecha», en tanto que usted tuvo que hacerlo con la izquierda.

»Éste es un plan elaborado desde mucho tiempo antes, tanto, que incluso convencieron a Elsie Miller, una antigua amante de Sitton, para que se dejase operar las facciones y ocupase el puesto

de Nora Markham, secuestrada en Braxton Manor, otro de los que tomaban parte en el juego. Pero a Braxton empezó a parecerle demasiado peligroso y quiso salirse de la combinación. Ustedes, naturalmente, no podían consentirlo y por eso le mataron, como mataron también a Elsie y hasta le cortaron la mano, para continuar con la leyenda.

»Sí, la mano de Elsie es la que apareció en la garganta de Braxton, de modo que la leyenda parecía ser cierta. Elsie tampoco les servía ya de nada y tuvo que desaparecer de la escena, como Robert Sheridan, estrangulado por Well. Ese tesoro les había enloquecido, sobre todo, a usted, Sitton, quien se había quedado con gran parte del dinero de la venta de Wildcott Castle y no podía justificarlo adecuadamente. Nora podía demandarle y usted lo hubiera evitado de tener el tesoro en su poder.

—Sabe demasiado —gruñó Mac Boyd—. No podemos dejarle vivir.

—Sitton, usted trató de enloquecer a Nora. Para ello, la enterró viva dos veces, aunque estaba seguro de que viviría. Sin embargo, esperaba que perdiese la razón, lo que le permitiría disponer de todos sus bienes, incluido el tesoro. Las otras muertes podían ser achacadas al fantasma de la condesa, pero si Nora hubiese muerto, se habría abierto una investigación, con lo que el desfalco hubiera salido a la superficie y usted se habría convertido entonces en el principal sospechoso. Eso es lo que salvó la vida a Nora, secuestrada durante algunas semanas, mientras trataban de encontrar el tesoro. Mientras, Elsie desempeñaba el papel de Nora, hasta que, quizá, las cosas se torcieron y trataron de enderezarlas con más crímenes.

Chayne hizo una pausa.

—¿Saben por qué están aquí? —preguntó—. No ha sido Nora la que les ha citado, sino yo. Ah, y por cierto, el tesoro está en el ataúd. Usted mismo puede verlo, señor Mac Boyd. Dele su pistola a Sitton y baje a contemplar el tesoro oculto en ese féretro.

Hubo un momento de silencio. Luego, Mac Boyd entregó el revólver a su cómplice.

—Vigílalo —ordenó secamente.

Sitton asintió. Mac Boyd acercó la linterna a la tumba y luego descendió por la escalera.

Shelley, convenientemente escondida, contemplaba la escena

con los nervios tirantes como cuerdas de violín. De repente, se oyó un grito espantoso.

—¡Nora! —aulló Mac Boyd—. Está ahí, en el ataúd…

Chayne dio un paso hacia la tumba.

—Quieto —ordenó Sitton roncamente.

Mac Boyd lanzó un espantoso alarido.

Chayne le pudo ver retorcerse como un poseso. Algo oprimía su garganta con terrible fuerza.

—¡Suéltalo, Nora! —bramó Sitton.

Mac Boyd se desplomó de pronto al suelo. Una sombra blanca surgió de la tumba.

Sitton retrocedió un par de pasos.

—Quieta, Nora… —dijo, con acento lleno de terror—. No te acerques…

—¡Cuidado, Nora! Tiene un revólver en la mano —advirtió Chayne—. Inspector Jones, haga algo, pronto, por el amor de Dios.

El revólver vomitó unos sonoros fogonazos. De súbito, Sitton lanzó un terrible alarido.

Chayne le vio agitarse epilépticamente, como si algo le oprimiese la garganta con fuerza irresistible. Súbitamente, se oyó un chasquido y Sitton cayó al suelo fulminado.

En aquel momento, se oyeron voces en las inmediaciones.

—¡Alto, alto!

Sorprendido, Chayne se volvió. Varios hombres corrían hacia aquel lugar, encabezados por el inspector Jones.

Una mujer figuraba en el grupo. Era Nora Markham.

Chayne creyó soñar.

Jones llegó, jadeante, y contempló los cadáveres.

—Lo siento —dijo—. Tuvimos una avería en el coche y hemos perdido un tiempo precioso…

Chayne miraba a Nora con ojos desorbitados.

—Pero, entonces, ¿ella no estaba en el ataúd, como habíamos acordado?

—Claro que no, hombre. ¿No le digo que esa maldita avería nos ha hecho llegar demasiado tarde?

El joven se pasó una mano por la frente.

Miró a su alrededor. Luego se asomó a la tumba.

Mac Boyd yacía junto al féretro abierto, que aparecía

completamente vacío. De la mujer que había salido de aquel macabro encierro no había el menor rastro.

—Entonces… ha sido la propia condesa… quien ha tomado venganza contra ellos…

—¿Cómo dice? —preguntó Jones.

Chayne meneó la cabeza.

—No, nada, nada —contestó, evasivo.

Shelley se le acercó y le cogió la mano.

—Era ella, era ella —murmuró.

Entonces, pensó Chayne, la leyenda de la mano cortada era real. Había acordado con Jones el plan de encerrar a Nora en el ataúd, con el fin de aterrorizar a los culpables…, pero Nora no estaba cuando Mac Boyd levantó la tapa del féretro.

—Pero yo vi la mano cuando murió McCrain —dijo Shelley de pronto.

—Fue Well y vestía enteramente de negro, salvo el guante blanco pintado con pintura fosforescente, que agitaba al correr en la oscuridad —explicó Chayne—. Aparecieron restos de esa pintura en la garganta del pobre *Mamuth*.

De pronto, uno de los policías exclamó:

—¡Inspector, este ataúd, aunque forrado de tela, es de oro puro!

—El tesoro —murmuró Chayne.

—Haré que reconstruyan Wildcott Castle —decidió Nora—. El fantasma de la condesa debe tener su alojamiento de nuevo.

¿Y Clara Perkins?, se preguntó Chayne. ¿También había sido víctima de la mano fatídica?

No cabía dudarlo, porque había cosas sobrenaturales en las que resultaba preciso creer. La realidad y lo sobrenatural se habían mezclado en aquel caso y era poco menos que imposible deslindar los dos campos.

Algunas personas habían muerto por la codicia de dos desalmados. Otras, en cambio…

De pronto, Chayne se sintió muy cansado.

—Inspector, la señorita Kould y yo nos vamos —dijo.

Nora se le acercó y le miró con simpatía.

—Me has salvado la vida tres veces —manifestó—. Nunca lo olvidaré, Dirk.

Chayne hizo un gesto de asentimiento.

—Reconstruye el castillo —dijo—. Enid debe descansar en su casa.

—Sí, Dirk.

Chayne y Shelley echaron andar, cogidos de la mano.

Una voz misteriosa murmuró:

—Gracias.

La visión se esfumó casi en el acto. Pero tanto Chayne como su futura esposa pudieron ver que el fantasma de la condesa tenía las dos manos.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.